Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX | San José, Costa Rica | 1929 | Sábado 10 de Agosto | Núm. 6

SUMARIO

Fabio Fiallo y Rubén Darío .... *Gastón de Lis*
A propósito de la civilización maquinística .... *Mario Sancho*
Discursos (y 2) .... *José Vasconcelos*
Tablero: (1929) ....
Cartas hiperbóreas .... *José Rafael Pocaterra*
La obra de Genaro Estrada .... *Arturo Torres Rioseco*
El Imperio Eléctrico .... *Juan del Camino*
Poemas .... *Genaro Estrada*
Véamonos en el espejo de Cuba .... *Raul Maestri*
Cosas que no debería decir .... *Armando Zegri*
Libros de México (Tercera serie) .... *Alfonso Reyes*
La psiquis del poeta y el Cisne .... *Luis F. Ibarra*

Fabio Fiallo y Rubén Darío

Un rato de charla con el poeta nacional

Por los amplios ventanales el sol mañanero entraba riente a chorros llenos. Una brisa marina, yodada, alegre, ponía una rúbrica de bonanza en la habitación. Mi dulce amada, convaleciente, leía en el lecho los versos de Fabio Fiallo, en su libro *Canción de una vida*.

—Qué lindo es esto—me dijo ella—leyendo en alta voz unos versos, *Gólgota Rosa*.— Lindo —asentí yo.—Fabio es un gran poeta. Un verdadero emotivo del amor y el romance.

Ella siguió bebiendo sentimentalismo en las líricas páginas de amor del libro de Fabio. Yo recordé que tenía una deuda contraída con el genial poeta americano, y me dispuse a pagarla.

Fabio nos había hecho una cortés visita, hace algunos meses, con motivo de entregarme, dedicado a mi señora, su último libro. En la hora larga de charla que tuvimos, alejados de la prosa de la vida, se habló de «bellas cosas» que sólo saben decir los inquietos y sutiles espíritus de los poetas.

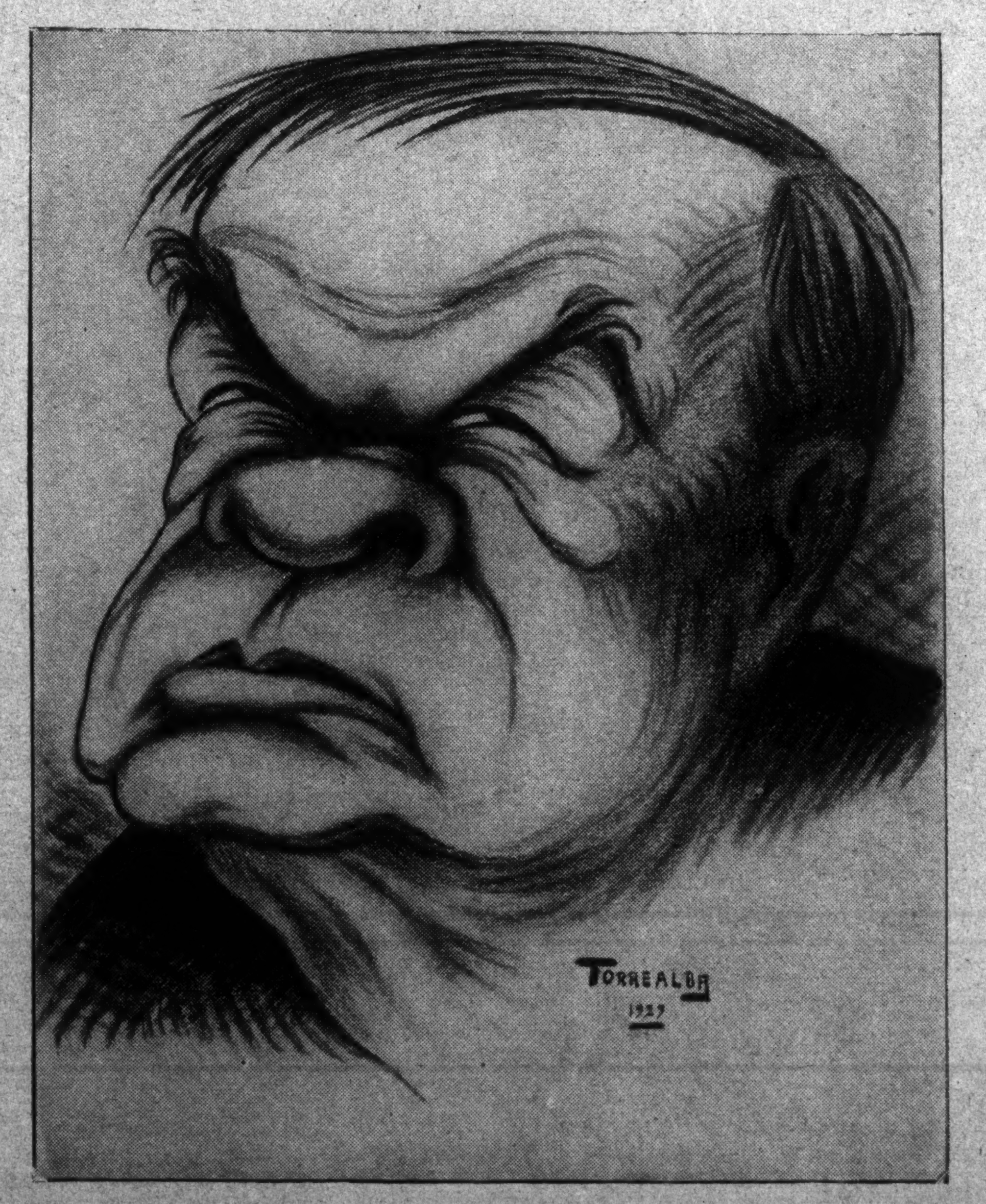
Hamburgo, Berlín, Bruselas, París, Madrid, pasaron como por encanto por el lienzo encantado de los recuerdos del genial poeta. Se habló del Madrid galante y único, del Madrid castizo y español; del París embrujado y loco, de los melancólicos atardeceres de Berlín, de las deliciosas y románticas noches de Bruselas. Se habló de Rubén, del inmenso Rubén, quien fué casi un hermano de Fabio; de Santos Chocano el vibrante, el sonoro. De las noches intensas y bohemias del barrio latino, de las frases galantes en boga, de las anécdotas picantes, de las aventuras furtivas, del temperamento excéntrico y múltiple del gran Darío, y de sus íntimas familiaridades de niño grande y genial.

Fabio y Darío fueron grandes amigos —amigos fraternos— de esos que entran, muy escasos, codo con codo y alma con alma, por la ancha puerta de la vida. Se conocieron en New York, en 1907, de la manera más sencilla y simpática que puede darse. El genial poeta, ya en la plenitud de su gloria, llegó a la enorme urbe de hierro, y el mismo día, de mañana aún, como quien llega allí sin otra cosa que hacer, se presentó en el Consulado Dominicano, sito en Broadway, y al ser introducido en la antesala, alarga su tarjeta y pregunta:—¿Dónde está Fabio Fiallo? Yo soy Rubén Darío.

Figúrese el lector la sorpresa y la alegría de Fabio. Y así nació aquella amistad sincera, sin dobleces en una franca y leal camaradería que duró toda la vida y aún persiste, en estrecho lazo espiritual, a través de la muerte.

Aguijoneada por su doble curiosidad de artista y de mujer mimada, Teresina Salgado, la joven y gentil poetisa portorriqueña, ha logrado inducir a Fabio Fiallo con suavidad y sutileza por la fina pendiente de las anécdotas y las confidencias, y él nos cuenta... Sus palabras son fáciles de repetir, pero no su acento, que al evocar los recuerdos del gran amigo muerto, pierde un tanto de su vibración materialmente varonil, para hacerse el eco de un poema melancólico, hondo y lejano, saturado de ocultas lágrimas, diríamos, si fuéramos a traducir nuestra propia emoción.

—Corría el año 1911, dice Fiallo, Yo vivía en Hamburgo; Rubén en París. Habíale prometido una visita de vacaciones que mil pequeños quehaceres mantenían incumplida desde hacía más dos semanas. Al fin, urgido por cartas y telegramas, tomé el tren rápido y salté a París. La morada de Rubén, Herschel 4, había sufrido transformaciones. El apartamento era estrecho, y Rubén quiso a todo costa sacarle comodidad y elegancia para mí. Con sacrificio de María, la joven



Rubén Darío — Por *Torrealba*

hermana de Francisca, todo se arregló, y tuve alcoba y saloncito de recibo...

La voz del gran poeta americano se ha llenado de temblores, y en el gris confuso del cielo asómanse algunas estrellas curiosas.

Una noche, continúa el poeta, fuimos al Café *Vachette*, en donde nos esperaban varios amigos, casi todos compañeros de América. El champaña ya había hecho juegos malabares en los cerebros, y todos hablaban en una compleja algarabía, diciendo algo ingrato de algún amigo o compañero. Era un puñado de avispas agresivas y zumbadoras. Uno, cualquiera de ellos, tiró el nombre de Santos Chocano a rodar en la tertulia, y todo el avispero se lanzó sobre él, a difamarlo con saña, a calumniarlo con rabia y envidia. Rubén no habla, no dice nada, pero sonríe con labios complacidos. Esta sonrisa me causa asombro y daño. Y bajo la protección de aquella sonrisa de Rubén, se siguen en la mesa contando y urdiendo nuevas infamias sobre aquel nombre que yo quería entrañablemente, y, sin poder contenerme, dígole a Rubén en voz baja pero vibrante: «Esta murmuración contra Santos Chocano es una especie de homenaje emponzoñado con que éstos creen halagar tu vanidad, porque te ven sonreír; muéstrales el desagrado de tu decoro herido, o me voy.» La sonrisa continuó y yo me fuí. Una hora más tarde ligeros golpes preocupados suenan en la puerta de mi alcoba. Adelante! Entra Rubén. Se cruza de brazos ante mí y me contempla en silencio. Al fin prorrumpe:—Ah, Fabio Fiallo, mi excelente Fabio, tan fuerte y sereno en las cosas grandes como noble y generoso en las cosas de aparente nimiedad! Es verdad, tú tienes razón. ¿Por qué había yo de gozarme, en la murmuración que aquellos se traían sobre Santos Chocano, quien es tan grandísimo poeta y tan consecuente amigo mío? Después, en un súbito arranque de indignación contra sí mismo, golpéase duramente el pecho y prosigue:—Ah, miserable carne mía! qué habrá en ti del mismo Belcebú que así te gozas a veces, en porquerías tan contrarias a mi mente y a mi corazón... Fabio, mi amigo, mi hermano, dime que tú me crees, que tú me conoces, que tú sabes bien que yo no soy así... Y quemantes lágrimas detenidas largo rato al borde de las pestañas, corren, ahora, a perderse en el rictus amargado de la boca en sollozos.

Fiallo calla, y hunde la frente en las manos. Un profundo silencio de meditación nos embarga. Pero, las mujeres son incorregibles cuando la abeja ávida de la curiosidad les cosquillea el oído. Y así Teresina se insinuó de nuevo:—Cuéntenos más, Fiallo; cuéntenos más... Y tras breves minutos de recogimiento el poeta prosigue, ahora sonriendo:

—Esta vez, en torno a la mesa en que nos sentamos Rubén y yo, no hay bullicio, ni frases picantes, ni murmuraciones. No estamos tampoco en el Café *Vachette* y sí en el comedor del hotel *Lutecia*, todo elegancia y aristocracia. Los manteles son de damasco. Los cristales del más fino baccarat. Se ha comido bien. Se ha bebido mejor. Hemos llegado a los postres, y una gran dama preside. Se llama Juanita González de Lugones. Ya sabéis; la de la famosa *Epístola:*

«Madame Lugones, j'ai commencé ces vers
en ecoutant la voix d'un carillon d'Anvers.»

Fué ella quien insinuó:—Si el poeta Fiallo nos recitara *Plenilunio* o *Ave Reina*... ¿Cómo negarme? Accedí. Y una tras otra, ambas poesías fueron dichas con mi voz insegura de recitador. Amablemente fuí aplaudido... Mas, he aquí que al acompañar a Rubén hasta su casa, me dice él, tomándome cariñosamente del brazo:—Esta noche, en ese restaurante, yo he conocido al más formidable enemigo de Fabio el poeta.

—¿Quién, Lugones? le pregunté sorprendido. ¿Su esposa?... Tú!...—No, amigo mío, ni ellos ni yo. El enemigo más formidable de Fiallo el poeta es Fiallo el recitador. ¡Qué mal lo haces, mi pobre Fabio!

Tras este simpático recuerdo, cae ahora ante nosotros el silencio como un brusco y tupido telón. Las interesantes anécdotas han cesado, con gran pesar de mi compañera que apunta su inconformidad en un gracioso e impertinente mohín de niño voluntarioso. Yo mismo me siento insaciado, disconforme. Súbito, se me ocurre una pregunta. Una difícil pregunta... Cautelosamente, con grandísimo temor, que no me es dado disimular, la formulo a tientas.

Por largos e insondables segundos, mi interlocutor queda sumido en atormentada meditación. Al fin prorrumpe:

—Sí; ¿a qué negarlo?, cuando los cuentos y comentarios sobre tales excesos han sido el regocijado festín de muchos de sus amigos de ayer, de todos sus envidiosos de hoy. Mas, aún en medio de aquellos excesos, siempre conservó Rubén, íntegras, dos facultades esenciales de su alma: la bondad y la poesía.

—En efecto, yo he oído decir que era precisamente en aquellos estados de inconciente ebriedad cuando se revelaba con mayor esplendor su incomparable talento poético.

—Qué disparate! ¿Cómo pretenden que los maravillosos versos de *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*, sin emulación posible en toda la lírica moderna, fueran la obra de un borracho?... Y sin embargo, ya he contado en otra ocasión, cómo, en medio de uno de aquellos momentos fatales, se produjo el *Soneto a Fabio Fiallo*, que es, sin duda alguna, una de las composiciones más personales de Rubén Darío.

—Cuéntenos, Fiallo, cuéntenos, ese episodio que nosotros no conocemos,—vuelve a rogar Teresina ávidamente.

—Y bien; cuando aquel salto a la rue Herschel —que ya os dije — mi salida de Hamburgo fué anunciada por teléfono; y esta noticia quiso Rubén celebrarla en compañía de dos compatriotas míos a quienes él y yo teníamos en grandísima estima: el Dr. Lugo y el poeta Andrejulio Aybar. Una sola copa de champagne bastó! Y cuando más tarde llegué a su casa, hallábase Rubén bajo la influencia embrujadora de las chispeantes burbujas. Reprendíle por ello con la tierna severidad que su cariño me consentía, y para contentarme llamó él allí mismo, a su mecanógrafo, y, como un medallón a mi persona, principió a dictarle aquel soneto de esta manera:

«Lo que había en el silencio de *tu* vida
de voz, canción, llamada, trino o queja,
no lo oirá Desdémona dormida
porque ya el ruiseñor no está en la reja.

La esencia de la sangre de *tu* herida:
el misterio profundo de *tu* queja,
y lo que puso en *tu* panal la abeja
mientras parió la leona en su guarida.»

Durmióse el poeta al terminar este cuarteto. Despertado por mí, hízose leer lo escrito y cambiando repentinamente el vocativo, continuó así la composición:

«Todo lo que hay en *mí* de complicado
de pecador sutil o de perverso,
vino de amor o extracto de pecado,

abarcando en su afán el universo,
todo eso lo he exprimido y lo he brindado
en sacrificio, inspiración y verso.»

Fiallo, con voz rota por la emoción, con el recuerdo en París, con el pensamiento en Darío, con vibrante dolor pronuncia una frase, una frase que es una oración de amor para el muerto; una plegaria para el ídolo caído que vivió amando la vida, y es, a través de la muerte, una luz de ensueño y un resplandor de llama.

El lucero de la tarde como una lágrima rota parpadeaba enigmático en el confín lejano, y la vela blanca de una nave allá en el horizonte daba una impresión de despedida, de loca ansiedad, de cruzar imposibles lejanías.

Gastón de Lis

Santo Domingo de Guzmán.

No le temo a la controversia; a quien le tengo miedo es al Boyg Grande.

El Boyg Grande *es «una cosa vaga, informe, ubicua, inevitable e invulnerable», una masa misteriosa que se alzaba ante los pasos de Peer Gynt cada vez que el explorador trataba de avanzar por una tierra nueva. En el* Boyg Grande *simboliza Ibsen la pesada resistencia de las almas perezosas al avance del espíritu. No es una espada, sino una atmósfera de modorra. No es un resorte, ni nada que golpee o devuelva los golpes. Es arena, sueño, letargo, indiferencia. «El* Boyg Grande *conquista, pero no pelea.» En la España contemporánea el* Boyg Grande *ha tenido su emblema en aquellos botones que decían en el anverso: «No me hable usted de la guerra», y en el reverso: «Hábleme usted de Belmonte.»*

Ramiro de Maeztu

No hay ambiente.— *Pero yo digo que ese tan oído* No hay ambiente, *es la gran excusa de los perezosos y de los cobardes.*

Yo me iré siempre con aquel gran Reformador-Sol que, a espejo del Rey-Sol, se diga: El ambiente soy yo.

Xenius

A propósito de la civilización maquinística

Boston, 6 de Julio de 1929

Sr. Don Modesto Martínez,
San José.



*Me darían un gran gusto los amigos del exterior que quisieran mandarme tarjetas como ésta; les doy por seguro que saldrían en este semanario, de conformidad con cierto plan que he concebido en estos días y que poco a poco irán conociendo.—***g. m.**

Estimado amigo: He leído con mucho interés los artículos suyos de *La Tribuna* y quiero felicitarlo y decirle que me parece muy loable su propósito de hacernos pensar a los costarricenses en el futuro del país con visión clara de los peligros a la vez que prudente optimismo de las posibilidades. El agorero de desgracias o *calamity howler* como le llaman aquí, que se pasa la vida buscando en el cielo los signos de tempestad, no es el hombre que nos conviene más a nosotros ya inclinados al pesimismo por naturaleza y educación, sino más bien el observador avisado que contempla las cosas como son.

Todo cuanto Ud. dice sobre nuestro problema agrario es verdad, pero una de esas verdades en que pocos quieren parar mientes. Pareciera que su misma evidencia nos relevara de pensar en ello y me temo que tenga Ud. que machacar por mucho tiempo en hierro frío para interesarnos en un asunto tan vital a la economía nacional. Leyéndolo a Ud. recordé un libro de autor español, *La Sangre de la Raza*, publicado hace bastante tiempo, que trata de estos mismos tópicos: absentismo, métodos rutinarios, condición de los campesinos, ineptitud de parte del patrón a veces, mala voluntad de parte del trabajador casi siempre, etc. Bastaría cambiar el nombre de Extremadura por el de Costa Rica para obtener el mismo cuadro que Ud. pinta de mano maestra.

Lo que más me simpatiza de sus escritos es el empeño de hacerles ganas a los jóvenes para que se dediquen al campo. Realmente el campo es lo mejor que tenemos allí, y no se necesita venir como en mi caso de un abolengo de agricultores para reconocer las ventajas de la vida que cantó Fray Luis sobre el existir angustioso de nuestros centros urbanos.

Ud. tal vez sepa que mi padre fué un cafetalero de los primeros y de los más emprendedores de su tiempo, y que cuatro de mis hermanos han sido fieles a la tradición familiar, habiendo formado uno de ellos, a costa de largo esfuerzo, una finca modelo en su género, con un hato de ganado de los mejores del país. Yo desgraciadamente hice lo de Don Quijote, esto es, vendí mi hacienda para comprar libros e irme de aventura por el mundo. No sabría decir lo mucho que me arrepiento ahora de tal locura y pienso que confesando mi error públicamente al modo de los penitentes de la Edad Media, tal vez pudiera evitar a otros el caer en él y hacérmelo así perdonar, ya que no me es dado volver como el hijo pródigo a la casa paterna y decir: «Padre, pecado he contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo, ruégote tenerme como a uno de tus jornaleros.»

Sin embargo, hay veces que pienso que, después de todo, no soy yo tan culpable de mi yerro si se considera las influencias del medio y lo poco que ayuda nuestra escuela a despertar y desarrollar gusto por la agricultura y por destruir el concepto pueril que existe respecto a las carreras profesionales consideradas superiores y de más viso que aquélla, concepto que heredamos de la vieja España donde el atraso y la rutina en las labores del campo llevaban a pensar que para ejecutarlas no se necesitaban sesos ni hacía falta saber nada, y era por tanto el hijo tardo el que se quedaba atendiendo la heredad mientras el despierto iba a graduarse de médico, abogado o cura. Allá, como entre nosotros, el agricultor de pocas luces que había podido a fuerza de privaciones allegar algún dinero, era el más ansioso de evitarle a su hijo esas experiencias y de encaminarlo hacia los colegios de leyes o de medicina. Por mucho que haya cambiado el criterio de la gente en la apreciación de estas cosas, el prejuicio persiste todavía, aun sin darnos mucha cuenta de ello, y pocos son entre nosotros los que pudiendo dar carrera a un hijo lo prefieren cultivador de los campos o ganadero, a doctor o licenciado. Siempre recordaré con la sorpresa y admiración que le oí decir un día a Alfredo Volio, cuando estábamos en Nicaragua, que él deseaba que su muchacho fuera agricultor y no tuviera nunca nada que ver con papeles y leguleyos. Este no es el caso frecuente en Costa Rica, y por un Alfredo Volio hay muchos dueños de fincas y negocios importantes que en vez de interesar a sus hijos en esas fincas o negocios ansían verlos coronados de las borlitas académicas aumentando el número ya inmenso de nuestros galenos y papinianos.

Pienso que una campaña intensa por medio de la escuela y del periódico en el sentido de dignificar y hacer atractiva la agricultura sería más eficaz que las alharacas acerca de la necesidad de cerrar la escuela de derecho, las cuales no pasarán nunca de producir ruido. Si los diarios publicaran menos cosas de política y dedicaran siquiera una columna a divulgar conocimientos agrícolas, y si el maestro o el libro de texto de las instituciones de enseñanza primaria contribuyesen por su lado a formar la mentalidad del niño en el amor y cultivo de la tierra, que es la forma más útil y más noble del patriotismo, el país ganaría unos cuantos agricultores más y siempre nos quedarían bastantes doctores y abogados que velasen por nuestra salud y nuestra hacienda.

Muy interesante me parece también lo que Ud. dice de la pasión del americano por los negocios, que allí se achaca siempre a insaciable codicia de dinero. Al europeo, formado en una vieja tradición de cultura que lo capacita para el disfrute del ocio noble que dijo Rodó, y al latino-americano que sigue en esto y en muchas otras cosas servilmente la ideología del europeo, se les hace difícil entender el afán perenne en que vive esta gente. Las tonterías que se han escrito sobre el afarismo yanque serían bastantes para llenar muchos volúmenes, pero ya no contentan más que a los espíritus superficiales o dominados de odios y prejuicios de raza.

El americano trabaja todo el día y aun para divertirse pone tanto y a veces más esfuerzo que para trabajar. No porque le domine la avidez de las ganancias sino porque, igual que los niños, no encuentra placer más que en la acción. Si se le quita de su negocio no sabe como entretenerse y se siente perdido. Es demasiado sanguíneo y muy poco imaginativo para satisfacerse fabricando castillos en el aire, arte del cual somos maestros consumados los latinos, y necesita moverse y afanarse todo el tiempo, pues ignora el placer de la conversación o el encanto de la soledad y del sosiego en que se deleitan las viejas sociedades. Le falta en una palabra vida interior. Esta característica sumada a las urgencias de una sociedad industrializada y comercializada hasta el exceso, explica la decadencia de la vida de hogar en este país. El restorán, la panadería, la *delicatessen*, sustituyen la cocina familiar. La pro-

ducción de las *bakeries* de 1914 a 1925 aumentó en un 60%, mientras que la población aumentó menos del 15%. El americano apenas pára en su casa, entre otras razones, porque no sabe estar solo, y cuando por alguna razón no puede escapar de ella en su automóvil, tiene que poner a andar el radio para huir de sí mismo embriagándose de ruido. El *home, sweet home* es para él una tonada sentimental que se canta en Nochebuena.

Después de los negocios, la otra pasión del americano es el *sport*. Con ella nace, crece, vive y llega a viejo. Ni aun de estudiante logra ningún otro interés suplantarla y es por esto que el atletismo ocupa puesto prominente en el curriculum de las universidades, las cuales cifran gran orgullo en sus *teams* de *foot-ball*, remo y boxeo, y ponen un interés intenso en los *matches* entre ellos concertados.

Y qué decir del entusiasmo público por el *base-ball*, cuyos *finals* son acontecimientos que aquí se siguen más apasionadamente que entre nosotros una elección presidencial! Baby Ruth es un héroe nacional tanto o más glorioso que Lindbergh. Para darse cuenta del delirio deportivo de estos hombres no hay más que verles cuando compran un periódico para leer en el tren o en el tranvía. Puede apostarse sin temor de equivocarse que van a abrirlo en la página de *sports*.

Todo esto resulta natural en medio de una civilización maquinística cuyo Dios tiene un nombre: el dinamismo. El americano sacrifica en sus altares viviendo en perpetuo movimiento, al revés del Yogui de la India que adora a su Dios en la inmovilidad. Su literatura, su música, están como su vida, llenas de acción, o mejor dicho, son todo acción. ¿Qué es el *jazz* sino el frenesí de la danza y qué los *movies* sino un sustituto del movimiento con que calmar a ratos su ardor de moverse, y qué la novela americana (salvo las excepciones que confirman la regla) sino un relato de empresas y aventuras? Un libro de examen psicológico o de pura delectación artística le resulta incomprensible, como a nosotros sus *stories* trafagonas, sus ritmos espasmódicos o sus bailes gimnásticos.

Es natural, pues, que la industria y el comercio le apasione y se entregue a ellos con furor y no quiera, como Ud. observa, retirarse de la vida activa ni aun cuando ya esté viejo y chocho.

Sabido es que los capitanes de la industria, de la banca y del comercio de este país son individuos especializados, unilaterales, al contrario de lo que pasa en Europa donde casi todo el mundo tiene una cultura general, de tal suerte que puede decirse que el humanismo allá está diluido en la atmósfera, mientras que aquí sólo se encuentra en forma concentrada entre profesores, clérigos, escritores. Si a estos hombres del hierro, del carbón, del aceite, etc., se les ve fuera de su provincia, resultan las más veces de una mediocridad desesperante. Un periodista amigo mío, que tuvo oportunidad de acompañar a Henry Ford en su famoso *Peace Boat*, me decía que, así como era de interesante Ford cuando hablaba de su especialidad, era de *dull* cuando se ponía a desbarrar de otras cosas. Claro que hay excepciones: el viejo Morgan, que era, además de un genio de las finanzas, un *connaisseur* de arte; pero estas salvedades no sirven sino para confirmar otra vez la regla.

La mayor parte de esos capitanes de la industria y del comercio que no quieren retirarse de los negocios siguen yendo a sus oficinas porque se aburrirían en sus casas, y esto les da la ilusión de la energía y de la actividad.

Yo suelo estas tardes de verano observar a nuestros vecinos. Son gente buena y seria que lleva lo que aquí se llama *a quiet life*. No bien llegan de sus trabajos se ponen a cortar o regar el césped, a sembrar flores, a hacer algo, no importa qué, si es que no salen disparados en sus autos hacia alguna cancha de *tennis* o algún campo de *golf*.

Yo también suelo cuidar personalmente de mi *lawn*, pues que aquí para los que tenemos pocos medios, el consejo de Cándido es imperativo: «il faut cultiver son jardin»; además de que me han prescrito el ejercicio como benéfico a la digestión y a los nervios. Pero luego que he cortado la yerba gusto de sentarme descansadamente a verla crecer, a rumiar recuerdos o a ver pasar las nubes. Tres ocupaciones indignas y casi criminales en los Estados Unidos!

No sé qué piensen nuestros vecinos de mis hábitos sedentarios. Quizás los interpreten como una forma benigna de la malaria del trópico, pues ellos son sanos de alma y de cuerpo y no saben de otro microbio del sueño que el que produce la *sleeping sicknes* entre los negros de Africa.

Dichosa gente!, me digo con envidia. Son prósperos, enérgicos, saludables, alegres, dispuestos siempre a trabajar con la alegría con que otros se divierten y a divertirse con el mismo ardor con que trabajan; no poseen casi pasado que les pese sobre sus espíritus simplistas, directos, acometedores; ven la vida como un juego en el cual la fuerza y la destreza dan el triunfo; tienen de todo un concepto realístico, sin complicaciones ni distingos estorbosos; no sienten ansiedades metafísicas ni preocupaciones culturales que no sirvan un objeto de inmediata utilidad; han rodeado su existencia del *confort* que antes era privilegio de unos pocos; han sorprendido al mundo con la organización prodigiosa de sus industrias y el poder incontestable de sus banqueros; han impuesto en todas partes sus métodos, y en algunas algo más que sus métodos; son dueños en fin del oro del mundo y los amos del porvenir. Europa tiembla ante ellos por sus mercados y por los principios básicos de su civilización y comienza a darse cuenta de la posibilidad de convertirse algún día en el *play ground* de estos *enfants terribles*, a quienes Víctor Hugo les regaló en su infancia las estrellas, pero a quienes les pareció mejor cogerse la tierra.

Sí, gran pueblo, me digo, pero luego pienso que esta civilización asombrosa en su aspecto material no es bastante a satisfacer mi alma fiel a los ideales de la cultura antigua, y que a estos hombres, aunque parezca que lo tienen todo, les falta algo, no por imponderable menos esencial a la vida del espíritu. Después de todo tal vez André Siegfried tenga razón y sea ésta «una sociedad materialística organizada para producir cosas más bien que individuos».

Este es uno de tantos problemas que preocupan desde hace tiempo a los hombres de pensamiento en los Estados Unidos, quienes ven el riesgo de que los métodos de *mass production* y *standardization* acaben por *estandardizar* no sólo el producto sino al productor y volverle poco menos que un autómata, y convienen con el agudo observador francés que he nombrado antes en que no todo estriba en que cada persona tenga una casa, un baño y un carro para formar un gran pueblo.

El sistema industrial preconizado por Ford será muy bueno para abaratar la producción y ponerla al alcance de las masas realizándose de ese modo el ideal igualitario que presidió al nacimiento de esta gran democracia, pero malo, muy malo, en el sentido de que la especialización extrema que entraña no deja al obrero y al artista campo de ejercitar su iniciativa, y concluirá por matar la genialidad individualista a que debemos tantas cosas bellas del buen tiempo antiguo.

No faltan, sin embargo, defensores de esta edad técnica, aun entre las clases intelectuales, que se rían de las protestas contra la máquina omnipotente y omnipresente como de sensiblerías pasadas de moda. Pero sin necesidad de caer en los romanticismos que llevan a algunos a encender velas de cera en sus *soirées* y a renegar de la electricidad, cuyos usos prodigiosos han redimido al hombre moderno del afán y la fatiga y le sirven como ningún Ariel o genio de la mitología sirvió a ningún héroe antiguo, se puede sentir recelos de que el hombre pierda de vista el objetivo verdadero de su misión en el mundo y olvide su naturaleza superior en el regodeo de una vida, si bien admirable bajo su aspecto material, desentendida casi por entero de los grandes intereses del espíritu.

El Presidente Lowell contrastaba hace poco en un discurso a los profesores de Harvard el ejemplo de Atenas y Cartago, esto es, de la modestia ática y del poderío púnico, y les prevenía, no tanto a ellos cuanto a los que viven fuera de las Universidades atareados en los negocios, de dar demasiada importancia al dinero y al modo de hacerlo y poca al arte y a las cosas al parecer inútiles de la cultura desinteresada de fines utilitaristas.

¿No se corre el riesgo, decía, de que dentro de diez, quince, veinte siglos, cuando Nueva York no sea más que un nombre o un montón de escombros, el escavador estudioso de sus ruinas se sorprenda de lo poco que quede de su antigua riqueza y poderío; y de que se repita una vez más en la historia el desencanto del arqueólogo moderno en presencia de las ruinas de Cartago?

Después de todo, ¿no será verdad lo que se ha dicho de que es la estatua la que salva a la ciudad y de que son sólo el arte, la ciencia, los productos del espíritu, y no la fortuna perecedera, los que redimen a los hombres del olvido?

Aquí pongo punto final y le estrecho la mano en signo de aprobación por su campaña.

Su afectísimo amigo,

Mario Sancho

Programa de gobierno que se propone desarrollar el Lic. José Vasconcelos si triunfa en las próximas elecciones

=De *El Universal*. México. Julio 6 de 1929.=

y 2.—*Véase la entrega anterior.*

El trabajo.—Lo mismo que el problema del campo, el problema del trabajo por su calidad humana, demanda una urgente resolución. Además de mantener y hacer eficaces las ventajas materiales ya logradas y las demás que consagra el artículo 123 constitucional, es preciso adoptar desde luego medios tales como la federación de la ley del trabajo, tanto para hacer generales los beneficios obtenidos por los trabajadores, como para evitar los graves daños que se originan de legislaciones aisladas y parciales que fomentan la competencia desleal y destruyen la unidad económica del país. Al dictar la Ley Federal del Trabajo, deberán tenerse en cuenta, por supuesto, las diferencias locales, pero no para mantenerlas estacionarias, sino para superarlas.

Urge también dictar la Ley de Asociación Profesional que definitivamente incorpore a nuestra estructura social y jurídica el trabajo organizado, librando a los sindicatos y a las demás organizaciones, de las corruptelas y abusos del liderismo político y de los peligros de una organización contingente e irresponsable, y dándole la estabilidad que afirme y garantice su fuerza.

Precisa asimismo librar de esas corruptelas y abusos a las Juntas de Conciliación y Arbitraje, haciendo que en su integración y en su funcionamiento no intervengan factores políticos y garantizando la fuerza ejecutoria de sus decisiones.

También urge crear Bolsas de Trabajo que organicen con criterio social la distribución del esfuerzo obrero, previendo y evitando crisis y conflictos.

Finalmente, como capítulo especial, por su gran trascendencia, hay que dedicar empeño preferente a organizar la prevención y la previsión sociales, a fin de dar a todos los hombres que trabajan seguridad económica para ellos y los suyos, creando una institución nacional de seguro que cubra en lo posible todos los riesgos físicos o económicos que agotan la capacidad adquisitiva del trabajador o la vuelven insuficiente para cubrir sus necesidades vitales.

Organización fiscal.—Los gravámenes fiscales—impuestos, recargos, multas—pesan enormemente sobre la economía nacional. Son desproporcionados, se repiten y multiplican sobre las mismas fuentes, recaen especialmente sobre los grupos menos capacitados, dan lugar, por su complicación y por su diversidad, a que se rompa la unidad económica de la Nación y a que exista una maffia burocrática que roba al Erario y a los contribuyentes, constituyendo a veces una carga más pesada que el impuesto mismo.

Es urgente reformar esta situación adoptando las siguientes bases generales:

a) Hay que fijar la competencia fiscal de la Federación, de los Estados y de los Municipios, reservando a los dos últimos la tributación sobre todas las fuentes locales, como el impuesto fundamental sobre la tierra; encomendando a la Federación la tributación sobre las fuentes generales como los impuestos sobre producción, sobre circulación y sobre la renta, asegurando a los Municipios y a los Estados la participación conveniente y debida en los productos de rentas fiscales.

b) En la creación o conservación de impuestos deberá tenerse en cuenta, aparte del fin económico, la función social del impuesto, a fin de usar de él como de un medio eficacísimo para lograr reformas sin acudir a intervenciones violentas y ruinosas.

c) La carga del impuesto debe ser distribuída con equidad para librar de ella a los más débiles económicamente. A este fin, aparte de exceptuar del impuesto directo a quienes carezcan de verdadero capital o de una renta mayor de $ 200, hay que tender en lo posible a la supresión de los impuestos indirectos de consumo, suprimiendo desde luego todo impuesto del timbre sobre compra-venta.

d) Los recargos y multas que ahora existen, son desproporcionados y confiscatorios; sólo sirven para alentar el coyotaje y el fraude y constituyen una constante amenaza para el contribuyente. Es preciso reducirlos a proporciones equitativas y eliminar de su imposición la posibilidad y el interés de componendas que corrompen a los funcionarios y gravan la economía sin beneficio colectivo alguno.

e) La formación de un sistema fiscal armonizado y uniforme en la República, la concepción técnica de las leyes fiscales y la simplificación y buena organización de la recaudación y del empleo de los impuestos permitirán que, sin aumento de contribuciones y antes con la supresión de muchas gabelas, los ingresos de los Municipios, de los Estados y de la Federación crezcan considerablemente, librando a la vez a nuestra economía de una de las mayores trabas que ahora se oponen a su desarrollo.

La deuda exterior.—México necesita restablecer su crédito internacional para organizar la vida económica en el interior del país. Al efecto, se debe hacer un reajuste general de la Deuda Pública, de acuerdo con los acreedores, pero sobre la base de no aceptar sino aquello que con la más estricta prudencia pueda ofrecerse con seguridades a los acreedores, sin correr el riesgo—tan perjudicial para México—de volver a faltar a los arreglos que se hagan, sin sacrificar ninguno de los gastos públicos necesarios para la vida y el adelanto del país, y consagrando sólo al servicio de la Deuda el importe de las partidas que un Gobierno verdaderamente estable por ser popular pueda eliminar de su presupuesto por injustificadas o innecesarias y el importe de los incrementos que una política de paz y de organización aportará seguramente al Presupuesto federal de Ingresos. La Deuda Agraria será ajustada en los términos del inciso correspondiente de este capítulo

Ninguna deuda nueva debe crearse a cargo del Erario, mientras no esté hecho el ajuste de la Deuda Pública existente, mientras no se tenga la certeza de que el Erario tendrá sobrantes para hacer frente a las deudas nuevas que se contraigan sin imponer nuevos gravámenes al país y sin menoscabar las partidas afectas a la Deuda ya existente y mientras, sobre todo, no se tenga la plena seguridad de que el producto de cualquier empréstito podrá ser dedicado a fines reproductivos y manejado con honestidad absoluta.

En todo lo posible, deberá procurarse la formación dentro de la República de las capitalizaciones necesarias para el desarrollo de todos los proyectos de acción económica que se tengan, y a este fin será menester crear y fomentar el uso de los medios que la economía moderna proporciona para movilizar las riquezas fijas y para concentrar y aprovechar los capitales dispersos o inútiles.

El problema militar.—Relacionado por una parte con el problema de nuestra economía y por otra con el problema educativo de la Nación, está el caso del Ejército. Es indudable que tan pronto como alcance una situación normal será menester reducir sus gastos y de todas maneras conviene depurar y ennoblecer su personal. Por de pronto y a fin de no causar perjuicios a las personas que hoy se encuentran en servicio activo, será menester operar una transformación de la tarea del soldado haciéndolo pasar del estado de guerra al estado de paz o lo que es lo mismo, preparándolo para la defensa a la vez que sus energías se aprovechen en la tarea de reconstruir al país. La tendencia fundamental de la democracia es hacer del soldado el equivalente del ciudadano; por lo mismo, no soy partidario de que se le limiten los derechos políticos, ni de que se les restrinja el voto en las elecciones. Al contrario, considero indispensable que se rompa ese espíritu de casta mediante la incorporación en el Ejército de todos aquellos elementos que deseen prepararse de una manera accidental pero patriótica en el conocimiento de la técnica de las armas. El Ejército actual, compuesto en su gran mayoría de revolucionarios que abandonaron la vida privada para ir a combatir por el sufragio, la no-reelección, el respeto a la vida humana y el mejoramiento de los humildes, el Ejército que en gran parte conserva todavía este espíritu revolucionario, tiene que ser nuestro mejor auxiliar en la empresa de salvar tanto las escasas conquistas materiales de la Revolución como la ideología entera de la misma.

Un ejército de esta naturaleza no podrá convertirse en instrumento de imposición ni de compadrazgos políticos y sí estará del lado del

pueblo si el pueblo sabe manifestar su voluntad sin vacilaciones. Constituye el ejército un gran peligro en los casos de desorientación política, pero se vuelve el mejor auxiliar de las aspiraciones populares cuando éstas cristalizan en un programa y en una persona generalmente reconocidas y aceptadas. Lejos de sentir entonces el menor recelo por lo que hace al Ejército Nacional, confiamos en que seguirá desempeñando la tarea patriótica de garantizar el voto y confiamos también en que mañana del seno mismo del Ejército habrán de salir los hombres de energía y patriotismo que se aprestarán a ayudar al nuevo gobierno de la República para hacer esa transformación de la guerra a la paz, de la destrucción a la creación, de que hablaba hace unos instantes. La mejor solución que se puede dar al problema del soldado en los tiempos de paz, es asignarle una tarea equivalente en heroísmo, a los sacrificios que demanda la guerra y en este sentido nadie mejor que los jefes capaces, los oficiales arrojados y la tropa valerosa, ninguno mejor que ellos para emprender esta lucha contra el medio, que es uno de nuestros mayores obstáculos. Con brigadas de soldados y de ingenieros emprenderemos la tarea de abrir brecha en las selvas del trópico; con ingenieros y soldados construiremos los puentes en las quebradas del altiplano; con soldados se podrán desarrollar cultivos tal como ya se ha hecho en algunas zonas por medio de los colegios militares; con soldados podríamos acometer tantas otras empresas como están pendientes desde hace tanto tiempo en nuestro suelo. De esta suerte un ejército ocupado será la mejor garantía de la estabilidad de los gobiernos y adquirirá también las mejores dotes de preparación para la guerra ya que ésta se vuelve más y más preparación técnica y dominio de las fuerzas de la naturaleza. Un ejército así transformado sería al mismo tiempo el mejor auxiliar de la tarea educacional en nuestra patria. El intercambio de conocimientos entre el oficial que adiestra el cuerpo en ejercicios marciales y el profesor que adiestra la mente para que sepa conducir el cuerpo ha sido siempre gran escuela de acción. La construcción de cuarteles-escuelas permitiría el gradual establecimiento del servicio militar obligatorio a la vez que prolongaría la acción educativa del Estado hasta la generación adulta. La mezcla de clases y de profesiones y oficios en un ejército de esta naturaleza contribuiría poderosamente a la unidad social y una sola generación de esta clase de soldados bastaría para abrir una era nueva en nuestra historia fatigada de violencias, deshonrada por la arbitrariedad.

El problema educativo.—Con relación al problema de la educación del pueblo mexicano, creo que habéis estado acertados en la definición del programa; además, por encima de las teorías está clamando la necesidad de encontrar hombres de buena fe que acometan la empresa educativa y recursos, grandes recursos para que no quede estéril o ineficaz la acción de los maestros. Sólo una administración honesta, sólo el arreglo prudente del problema económico, del problema político, podrán darnos la tranquilidad y las riquezas que son necesarias para llevar adelante una labor educativa verdaderamente fecunda. Por ahora el desastre es el más profundo que imaginarse pudiera y no hay exageración al decir que somos el pueblo más atrasado del Nuevo Mundo en materia de atención educativa. Tanto se ha destruído que la reorganización tendrá que ser lenta y dependerá también de las posibilidades pecuniarias del nuevo gobierno; pero a fin de que se vea hasta qué punto es urgente constituir el gobierno renovado desde las raíces, bastará con reflexionar que el 80 por ciento de la población en los Estados Unidos, el país con el cual forzosamente tenemos que competir de una manera cultural, el 80 por ciento de la población americana obtiene, no sólo primaria sino también secundaria y técnica, en tanto que nosotros apenas si logramos dar educación primaria al 20 por ciento o quizás al 30 por ciento de nuestra población. Ante esta aterrorizadora desigualdad no queda sino convencerse de la urgencia en que estamos de cambiar radicalmente de gobierno en cuanto a sistema y en cuanto a gentes; de lo contrario la esclavitud en que fatalmente caen las razas ignorantes será la única herencia que podrán recoger nuestros hijos.

Final.—La creación de un valor humano comúnmente aceptado, la creación de un valor ideal que una las voluntades y sintetice las aspiraciones nacionales, es probablemente la más urgente de las necesidades de nuestra raza. Y así deberemos ver la política en estos instantes, no sólo como voluntad que disputa los puestos de Gobierno a una facción desprestigiada, sino como acción integral, que trata de organizar el destino entero de un pueblo amenazado de muerte. Para una tarea de esta magnitud es claro que no bastan con todo su heroísmo los miembros de un partido y eso a pesar de que aquí nos hemos esforzado en crear un partido grande y generoso, un partido nuevo y total; tan grande es la tarea que no bastan los esfuerzos de las mayorías, es necesario también, establecer, por lo menos, una especie de tácito entendimiento con las minorías y aún con los rivales honrados. La base de este entendimiento es la convicción que queremos llevar a todas las conciencias de que si no se cambian las prácticas de nuestra vida pública, estamos condenados a la pérdida total de la soberanía. Si en esta elección unos y otros no sabemos perdonar; si en esta elección triunfan la violencia o el fraude, sacrifícanse las esperanzas del pueblo mexicano, ya para la próxima probablemente no tendrá fuerzas ni la oposición ni el Gobierno para crear un candidato. La próxima elección, si ahora pierde el pueblo, no será una elección sino una mera fórmula para que tome la apariencia del mando la persona más bien quista con el Gobierno Norteamericano, estilo Nicaragua. Al lado de cualquiera de estos Chamorros se agruparían los rufianes y nadie volverá a osar enfrentarse a los poderes reinantes. En cambio, el triunfo del pueblo mexicano en esta ocasión dejará confirmado el hecho de que México sabe darse por cuenta propia sus gobernantes. Está de por medio el destino de la Nación y esta enorme responsabilidad es precisamente la que me obliga a considerar de una manera especial nuestra situación y a pedir el concurso de todos los patriotas para resolverla.

Agradezco profundamente en primer lugar a todos y cada uno de ustedes, valientes delegados y agradezco a las multitudes que los respaldan el singular honor que me han confiado designándome su portaestandarte. Pero acepto esta altísima honra sin ufanía y convencido de que no tenemos el derecho de excluir a nadie de nuestra tarea por lo mismo que no se trata de una tarea de partido sino del esfuerzo que toda una raza emprende para salvarse. Ante esta situación siento la necesidad de la concordia entre los mexicanos y pienso que debemos colocarnos a tal altura que aún en nuestros más enconados opositores veamos elementos aprovechables, elementos indispensables para el desarrollo nacional. Siento que la raza entera es corta en número y pobre en recursos dada la tarea defensiva a que nos está obligando el destino y por lo mismo, porque tengo siempre a la vista esta nuestra acción de conjunto, no concibo que el mexicano pueda excluir, condenar o perseguir al mexicano.

Sin duda contribuye a este estado de ánimo la circunstancia de que propiamente no tengo enemigos personales, dado que a la mayor parte de mis contrincantes políticos no los conozco ni siquiera de vista; pero como sé que no tienen razón para oponerse a nuestro movimiento, a veces me imagino que temen acercarse a nosotros, no porque podamos causarles ningún daño, sino porque temen ser convencidos. Sin perjuicio de que llegado el caso y si a ello nos forzaran las circunstancias, procuraremos llegar sin alarde a todos los extremos, hagamos también la declaración de que no concebimos una tarea creadora, sin que en ella colaboren según el puesto que les toque, amigos y rivales, nacionales y extranjeros, todos los que estén en condiciones de aportar trabajo o de aportar ideal. Hagamos que gradualmente se aplaquen los odios y se unifique el criterio delante de la avalancha de la opinión. Confiemos en que la opinión al manifestarse llegará a crear tal fuerza de convencimiento que ya no será necesario que nadie piense en soltar de nuevo las fuerzas de la violencia. Es cierto que en la actualidad la mayoría de los diputados recorren los distritos en indebida propaganda electoral para favorecer una candidatura delictuosa y manchada de sangre, desde el instante de su aparición, pero no es posible concebir que más de un centenar de hombres va a permanecer sordo al clamor nacional ni va a obstinarse en contrariar la voluntad popular. Al contrario, es muy probable que la mayoría de los diputados después de haber ido a sus distritos a convencer a los votantes regresen a la capital, convencidos de que su deber es otorgar legalidad a la voluntad de sus comitentes. El secreto de la paz está en una elección libre, está en el hecho de que nos resolvamos todos a obrar conforme a nuestra conciencia. Por lo pronto, y ratificando mi protesta de cumplir todos y cada uno de los compromisos que me habéis impuesto en esta histórica asamblea y Convención de Partidos Independientes, me comprometo de la manera más solemne a poner al servicio de la causa de la redención nacional mis energías todas, me comprometo a provocar al destino, si es necesario, para que se produzca el advenimiento de una era mejor; para la creación de un México rico de personalidad, generoso en la acción y en el ideal espléndido.

J. Vasconcelos

Tablero

1929

La dictadura constitucional.— Venezuela acaba de pasar insensiblemente de la dictadura militar de facto a otra más repugnante aún: la dictadura constitucional. La primera representaba el dominio mecánico de la fuerza bruta, la razón visigoda del vencedor sobre el vencido, pero la segunda, ésta que ahora se inicia con la presidencia nominal del doctor Juan Bautista Pérez, es la entronización jurídica de la pesuña sobre los fueros y las atribuciones civiles.

Rechazado opíparamente por el dictador el ofrecimiento que un congreso esclavo se empeñó en hacerle para la reelección presidencial, las cámaras venezolanas no pudieron conformarse con ese rechazo sino a cambio de poner en las manos del general Gómez la comandancia general de los ejércitos de aire, mar y tierra y el control efectivo sobre el poder civil. Esta fórmula ladina implicaba necesariamente una reforma constitucional, y esa reforma vino con la sorprendente facilidad con que se le da vuelta a una llave. En 24 horas la constitución venezolana, que se había levantado bajo la sombra de Bolívar, fué convertida en un papel de usos domésticos que pudiera facilitar la supervivencia de la espada y de los espolines sobre la inanición de los códigos.

La enmienda constitucional aprobada ahora ordena que el presidente de la república deberá ejercer sus funciones «obrando siempre de común acuerdo» con el jefe supremo del ejército en todos los asuntos administrativos. El apacible doctor Pérez queda asimilado a una especie de *botones* del general Gómez. Será éste quien nombre y remueva a sus capricho los ministros, ejecutivo y los presidentes de estado. Ni las cortes bálkánicas que ha inmortalizado Franz Lehar en las operetas de Viena pueden surtir al mundo igual manantial de humorismo...

Trágicamente cómica, o más bien cómicamente trágica, la dictadura constitucional de Venezuela es la culminación de nuestro fascismo tropical, eso que con tanta propiedad llamara Henri Barbusse «una gendarmería política».

(*El Tiempo*, Bogotá.)

Con el Dr. Marañón:

...Y Marañón habla de biología. Habla de las razas futuras de España y del mundo. Habla de la necesidad de imponer, a tiros si es preciso, la ternura social. Volver a los siglos bárbaros en que se solía ser bueno con los malos y mejor con los buenos. Hacer hombres que sean hombres y mujeres que sean femeninas. La ciencia moderna se estremece al comprobar que la civilización trasmuta los papeles. No es que el médico sea pesimista. Es optimista. Cree que el hombre no se ha vuelto mujer todavía...

———

...Ha vuelto la penumbra. Jiménez de Azúa interroga a su amigo acerca del próximo libro sobre el feminismo o el mito de Don Juan. Ya se saben cuáles son las ideas del maestro. Su feminismo, extraído de la propia biología, establece que la mujer debe ser madre y nada más. Pero, madre con corona de diosa. Los hombres, hombres. Las mujeres, ángeles... El otro feminismo, el feminismo de oratoria, de barricada y de polémica con olor a pastillas de menta, que pretende equiparar en todo al varón y a la mujer, ése quedará relegado a las mujeres con bigote, que quieran hacer en la vida películas cómicas de cine. En sus libros y en los hospitales, Marañón ha estudiado la vida sexual de nuestro siglo, con mano de médico y con ojos angustiados de lírico que sueña en las armonías de un mundo seleccionado por el mismo amor. Ha demostrado la necesidad de limitar en los hogares el número de los hijos, para que los pocos sean los mejores.

———

Y he aquí su más vibrante postulado:

—*El trabajo es la misión del hombre. La maternidad es la misión de la mujer.*

Alguien dirá:

—*Suenan a hueco estas palabras. Parecen viejas frases extraídas de algún diccionario moralista del siglo* XIV.

Son, empero, las palabras salvadoras. Las únicas palabras con que la ciencia puede salvar a Europa de la corrupción contemporánea.

Juan José de Soiza Reilly.

———

Referencias

Ya en la portada misma de su obra, (1) en su título, introdujo el religioso y dulce Walton una sentencia evangélica, y sentencia tan significativa como la de «¡A pescar voy! También nosotros vamos contigo.» Se mete uno luego por las apacibles y tranquilas páginas del librito, y ¡qué calma tan sedante, qué reposo se exhala de ellas!

Wordsworth, dice que del «dulce libro» de Walton, se desprende *alegre piedad*—gladsome piety—, y esto es lo cierto.

Su alegre piedad, su dulce mansedumbre, le da una gracia especial, un fino humorismo, de que se encuentra lleno su libro.—*Cita de* ***M. de Unamuno.***

(1) Isaac Walton: *El perfecto pescador de caña* o el *Recreo del hombre contemplativo*. The compleat Angler, or the Contemplative Man's Recreation. London 1653.

A leer en la Biblia he sido algo aficionado, de tal arte que me deleito especialmente con Job, Isaías y los libros Sapienciales en el viejo Testamento. Por allí en los *Proverbios* encontré este pensamiento contra los susurrones: «No quieras ser chismoso ni armes asechanzas con tu lengua.»—*Cita de* ***Marco Fidel Suárez.***

Uno de los más hermosos pasajes en la vida de Rousseau es aquel que se encuentra en el libro sexto de sus *Confesiones* (1), donde describe el despertar de su pasion literaria. Desde pequeño habíase apoderado de él una indescriptible idea de muerte, y ya siendo hombre se creyó atacado de mortal enfermedad.

Preguntóse a sí mismo cómo podría aprovechar lo mejor posible el breve lapso de existencia que le restaba; y sin ninguna preocupación por la vida pasada, pensó que debería ser en una excitación intelectual, que inmediatamente encontró en los claros y frescos escritos de Voltaire.—*Cita de* ***Walter Pater.***

...aquel famosísimo drama de Tirso de Molina en que el ermitaño Paulo pensaba, decía y repetía que se salvaría sin falta, siempre que el bandido Enrico se salvara también.—*Cita de* ***Marco Fidel Suárez.***

A propósito de Diderot:

En el más célebre de sus diálogos, *El sobrino de Rameau*, uno de los interlocutores hace notar que en cada profesión se crea una moral especial, que supone excepciones dentro de la moral general. Compara el hecho a lo que ocurre con las gramáticas: sin perjuicio de ciertas reglas comunes a todos los idiomas, cada gramática tiene las suyas: son los idiotismos; y dice Diderot: Cada profesión tiene idiotismos morales.—*Cita de* ***Carlos Vaz Ferriera.***

———

Etimologías

Acaso, o simplemente caso, viene de caer; *fortuna* es afín de fors, fuerza; *suerte* es sors, y se relaciona con fors; *hado* es fatum, que significa cosa hablada o decreto; a este último se refiere *dicha*, que proviene también de decir o decretar, según se vislumbra en una novela de Cervantes; *enhorabuena* es buena hora, igual al *bonheur* de la lengua francesa, términos relativos al buen tiempo de que hablaba el Papa Adriano; y *estrella* es figura que significa los influjos celestes con que la Providencia obra en nosotros los resultados de esos acasos, de esos hados, de esas fortunas, de esos destinos, de esas suertes, de esas dichas o desdichas, de esas horas buenas o adversas.

Nos parece que *redil* viene claro de red, en el singnificado de tejido de cuerda que sirve de cercado a un aprisco.

Muladar ha figurado en el diccionario oficial como derivado de mula, cuando la forma muradal convence de que viene de muro.—*Citas de* ***Marco Fidel Suárez.***

(1) Hágase de las *Confesiones* de Rousseau: en uno de les tomitos de la Colección Universal (Calpe). Le cuesta, en rústica: ₡ 4-00; en tela, ₡ 6-00.

Cartas hiperbóreas

Mella y la huelga de alimentos.—A través de la paciencia humana y de la historia universal.—La historia y el vientre.—Espartanos y cubanos.—El concepto a distancia de los hartos.—Ideales y holocaustos.

Hace más de tres años fué escrito este artículo y publicado en Cuba. Hoy lo exhumo consagrándolo a la memoria de Julio Antonio Mella, víctima del asesino desconocido *que todos conocemos.*

No debe sorprendernos que Mella estuviese diez y ocho días sin comer. Lo que sí debiera llamar la atención es que el juez o los jueces que le condenaron pasaran esas tres semanas comiendo como siempre... Cuba ha hecho con el caso de este extraño rebelde un gesto único. Citar al alcalde irlandés y a Silvia Pankurst en este momento es rebajar una cuestión de orden moral a los límites del mero fanatismo político o a la extravagancia feminista de 1913.

Me interesan poco las ideas de Mella, su razón o su sinrazón en la tentativa de suicidio más auténtica que pueda darse. Más auténtica y más viril. Pegarse un tiro, colgarse de una viga, echarse de cabeza por un puente, son todas formas violentas de eliminarse; formas de corta duración que abrevian el sufrimiento tremendo de ese lento desprenderse de la existencia... Los heroísmos de volar con el parque del ejército o con la bomba anarquista también son cosa brusca, de reacción inmediata.

La bomba anarquista, el atrevimiento de apuñalear a Carnot o de tirotear a Mac Kinley significa asimismo una acción rápida. Dejarse morir lenta y resueltamente, soportando todas las incitaciones del hambre y resistiendo a las tentaciones físicas y morales de la vida... Eso, amigos míos, son palabras mayores... Ni aquel célebre suicidio del prócer español que al verse aherrojado en un calabozo de un puñetazo hizo añicos el vaso y se metió los cachos de vidrio a la fuerza por la garganta, ni esa bárbara manera misma puede compararse a esta otra fuerza tremenda del espíritu frente a todas las incitaciones del cuerpo, del vil vientre todo poderoso, de esa boca del estómago, la más elocuente de las bocas, por la cual son muchos los discursos que se pronuncian y salen casi todos los halagos que leeis en la tierra... Hay más ventrílocuos de lo que uno imagina... De capelo, de quepis, de chistera, de gorra. De gorra son el promedio... Sólo que el profesional que se exhibe en los vodeviles y hace resonar voces extravagantes en la galería desde la concha del apuntador es lo que pudiéramos denominar el ventrílocuo inocente, y el otro, el de los congresos, el de las ligas patrióticas, el de las asambleas «libertarias», el ventrílocuo eficiente.

En la historia solemos admirar de una manera clásica, afectada y ruidosa ciertas actitudes y ciertas frases, sin parar mientes que cerca de nosotros, quizás a nuestro lado, en ese momento de citar un varón de Plutarco o un pasaje de Tácito, se encuentra «el héroe», el héroe auténtico que no nos llama la atención con su indumentaria moderna y con esa tendencia modesta y mediocre que ha caracterizado los comienzos de este siglo. Debemos ser algo escépticos con algunas tradiciones que se han consustanciado materialmente con nuestro pobre concepto del heroísmo ya que, inspirándonos sólo en lecturas lejanas, confinamos lo heroico a un plano semiliterario, indeterminado, pintoresco.



J. A. Mella

Aquel niño espartano que se dejó devorar el pecho por el lobezno que llevaba oculto bajo la capa antes que delatarse, es en realidad un paradigma de sufrimiento ¡pero era que se resguardaba de otro mayor de acuerdo con la dura legislación de su tiempo y de su patria! En cambio a Mella le estuvo mordiendo el hambre las entrañas y hasta los labios de la mujer que ama suplicáronle la misericordia de que no se dejase morir... Morir de hambre.

* * *

Instalados en una poltrona de juzgado, acodados a la mesa de una redacción o al velador de un café, o en el salón familiar a la hora del té y parlar de «la muchachada» del estudiante Mella se concibe bien... Pueden hacerse chistes con mayor o menor gracia, reflexiones de índole social más o menos lógicas; hasta censuras...

El hambre... Hay que conocer de cerca y por trato frecuente, en un encierro que parece no fuera jamás a tener fin, esta pálida enamorada del triste, hermana del dolor y de la anemia; esta concubina lívida que desdeña triclinios de Césares y se echa a dormir con todos los pordioseros y con los penados y con los errantes... Esa que surge, chorreando agua la cabellera en la bruma de los naufragios, esa que preside, a horcajadas, en el sueño del profeta el desfile de las siete vacas escuálidas. Hay que saber de esa angustia sorda, de esa opresión, de ese desvarío inmenso en que los objetos se desvanecen o recuperan de pronto aspectos inusitados y las ilusiones del olfato mienten tufillos de sopas y de carnes asadas... Ponerse a prueba de esa suerte—y repito que si la causa de Mella era mala o imprudente o lo que fuere, el gesto la consagra ya con cierta aureola de martirio—ofrecerse en holocausto por una idea así... Mella, en mi humilde concepto, es uno de los últimos tipos que salvan el concepto de su generación. ¿Que es un muchacho fanatizado por ideas excesivamente candorosas en su violencia transformadora? ¿Que es un peligro para la sociedad? ¿Que es un dinamitero imberbe? Y bien! en conciencia: entre el juez o jueces que le impusieron la grotesca condena y el reo que conmueve de uno a otro extremo a la patria que le vió nacer hasta mover la mano del presidente de la República, entre este rapaz y los otros seres timoratos, casuistas, que se han impuesto la dieta de la generosidad y de la comprensión, ¿quién resulta más airosamente?

La actitud del enérgico muchacho tiene que parecer naturalmente absurda a los héroes de la digestión. Si Mella hubiese disfrutado de colecturías o por arte de birlibirloque figurase en el mangoneo ese de contratas públicas o de administración de casinos, contaría con las simpatías de quienes le condenan. Pero es tan sólo un chico que se deja arrastrar por una pasión—mala, buena, falsa, ¿eso quién lo sabe?—y al servicio de lo que él juzga ingenuamente «su causa», comienza por sacrificar su propia vida y esto, además de carecer de importancia contraviene a las disposiciones absolutas del sanchopancismo nacional ¡No comer! ¡Valiente protesta!

Para quienes no penetran este magnífico ejemplo tal cosa aparece extravagante, sería casi cómica si no lindase tan de cerca con los prados de la Muerte.

Pero todo hombre que tenga un ideal en la vida o haya luchado por él—vencedor o vencido—reconocerá, por encima de circunstancias accesorias que nada entrañan, en el estudiante a dieta el hombre, en el hombre, la sagrada presencia de un ideal—alas agitadas sobre la patulea de la común alberca—y en la prueba heroica de ese ideal, la afirmación de la raza de la resistencia pasiva...

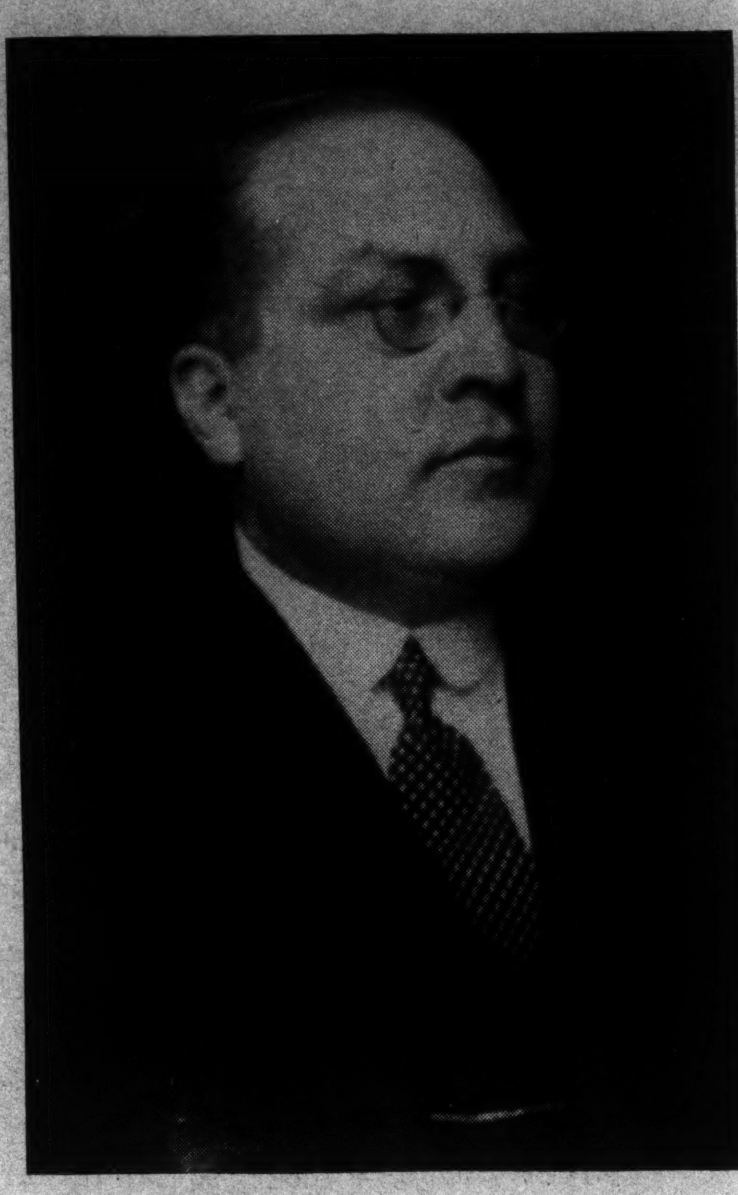
* * *

Contra ciertos males de carácter crónico que aquejan a las nacionalidades de centro y sur América deberíamos oponer el *mellismo.*

José Rafael Pocaterra

Montreal, 13, Enero, 1926.

La obra de Genaro Estrada



Genaro Estrada

Arturo Torres Rioseco, chileno, profesor de español en los Estados Unidos, que lo fué en nuestra Escuela de Verano en 1922, nos demuestra su afecto interesándose, desde entonces y desde donde se encuentra, por la literatura mexicana. Ha escrito en la Revista de Estudios Hispánicos, *tomo II, número I, de enero-marzo de 1929, un estudio que se titula* La Obra de Genaro Estrada. *Hace en él cumplidos elogios de la obra inicial de este erudito mexicano, la antología de* Poetas Nuevos de México, *Porrúa, 1916, que, semejante en método a la francesa de Van Bever y Léautaud, ha servido a su vez de modelo, asegura Torres Rioseco, a la chilena de Donoso y a la cubana de Lizaso y Fernández de Castro. Reseña en seguida el* Visionario de la Nueva España, *la* Bibliografía de Amado Nervo, *obertura de las que la han seguido, el* Pero Galín *y, finalmente, los versos que encierra el elegante volumen de* Crucero. *Escapa a la noticia o al comentario de Torres Rioseco parte de la obra de Estrada que reside en estudios tales, y compilaciones, como las* Ordenanzas de Gremios de la Nueva España *y la iniciación de las series de monografías históricas que forman el Archivo Diplomático Mexicano.*

Salvador Novo

(En *Revista de Revistas*. México, D. F.)

El nombre de Genaro Estrada debe figurar en la lista de literatos mexicanos que comienza con Manuel Gutiérrez Nájera y termina con Castro Leal y Jaime Torres Bodet. Sin embargo, a causa de la propia virtud de su personalidad, que no se presta a entusiasmos pueriles ni a audaces clarinadas sensacionales, su nombre, como el de González Martínez, se ha mantenido en un silencio noble. A la inversa de la gran mayoría de escritores americanos, se inicia su obra con su hoy famosa antología *Poetas Nuevos de México,*[1] en que nos presenta en forma admirable la producción lírica de su patria. Después de cinco años de silencio, aparece su libro de fantasías mexicanas *Visionario de la Nueva España;*[2] cuatro años después su *Bibliografía de Amado Nervo;*[3] un año más tarde su novela *Pero Galín*[4] y por último en los días que corren su libro de poemas *Crucero.*[5]

Poetas Nuevos de México es la primera antología americana digna de tal nombre. Hasta entonces estábamos acostumbrados a los indigestos parnasos con que periódicamente nos regalaba la casa **Maucci,** de Barcelona, parnasos en los cuales, en arbitraria compañía, figuraban poetas excelentes al lado de detestables rimadores. Conocedor profundo de la literatura francesa, Estrada reproduce exactamente en su obra el plan de Ad. Van Bever y Paul Léautaud en su libro *Poétes d' Aujourd'hui* Se limita así a lo puramente contemporáneo (desde Justo Sierra hasta Jesús Villalpando), y nos da sobre los poetas, interesantes notas biográficas, críticas y bibliográficas. Después de la publicación de *Poetas Nuevos de México* otros escritores mexicanos han preparado diversas antologías,[6] pero ninguna ha llegado a superar a la de Estrada, aunque varias siguen el mismo plan. Es de notar que hasta en otros países de América el libro de Estrada ha tenido admiradores que no han olvidado su plan al preparar antologías de sus propios poetas. En efecto, si nos fijamos en las recopilaciones publicadas últimamente por Armando Donoso en Chile, Julio Noé en Argentina y Lizaso en Cuba, veremos que todos usan métodos semejantes al del crítico méxicano.

Visionario de la Nueva España es un pequeño libro de poemas en prosa, fantasías poéticas, que diría su autor. En él se evoca la vida colonial y se establecen finas relaciones con la vida presente. El nombre de unos cuantos cuadros bastará para darnos una idea de los temas en cuestión: *La ciudad colonial, El oidor, El corsario, El biombo, Nocturno de San Jerónimo, El altar churrigueresco, La nao, El espadero, La gaceta, El paje, El barbero,* etc. El estilo del libro es un tanto azorinesco, en tono menor y creemos que el ideal del poeta sería «escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una virreina». El autor, espíritu inquieto que hoy se mete por los laberintos de unas rancias teologías y mañana se pasa horas enteras en la contemplación de una plaza cubierta por la pátina de los siglos, conoce a fondo la Ciudad de México y se deleita en evocarla en los suaves crepúsculos, tiernos de claveles y de campanas melancólicas.

Pero Galín nos trae otra vez a la memoria el estilo de Azorín; estilo amable, cortado, fragmentario, de frecuentes repeticiones fraseológicas. Es una especie de novela breve, de sencillísima trama. Pero Galín, anticuario y *chacharero,* personaje colonial para quien la vida siglo veinte no existe, se enamora de Lota, mujer modernísima, con mucho de *flapper* y algo de heroína cinematográfica. Galín, cuya vida se ha reducido a correr tras de antiguallas y chucherías por los bazares y tiendas de antigüedades de la ciudad de México, se transforma a tal punto que en pocos días puede manejar magistralmente un automóvil. Después del casamiento, Galín y Lota hacen un viaje por el suroeste de los Estados Unidos y se detienen algún tiempo en Los Angeles. En contacto con la civilización nueva y debido en parte al espíritu de su mujer, Galín, ya en México, compra una hacienda y se dedica a las labores campestres: esto es lo que llama el autor la Aurora. Como se ve, la intriga no es digna de una novela. Estrada se aprovecha de este asunto para hacer un poco de literatura colonial. He aquí como sitúa a Galín en la época colonial:

«Vistióse fuera de la moda, con corbata de damasco, con zapatos de badana, y con chalecos de pana; sustituyó el cronómetro por el reloj de llave y se prendió a la corbata una miniatura de azulejo de Puebla; usaba antiparras con grueso marco de carey y tenaza de plata para los cigarrillos, tomaba rapé en caja de madera y escribía con pluma de ave.»

Espíritu observador y detallista, Estrada nos da exactas descripciones de los bazares mexicanos, con sus cadenas de oro, relojes, pendientes de esmeraldas, alfileres de perla, prendedores de filigrana, calabacillas, relojitos de esmalte, salseras de plata, bargueños, sofás chinos, abanicos de hueso y cuanto Dios crió. Nos habla luego del **Volador,** paraíso de los colonialistas mexicanos:

«En aquel sitio es donde, aseguran los cronistas,—los coronistas—estuvo el volador, volatín de los aztecas primitivos y cuyo terreno Hernán Cortés legara a la ciudad de México, para que sólo tenga uso de mercado hasta la consumación de los siglos. El Volador mexicano, como el Rastro de Madrid, es el muestrario del vejestorio y de la curiosidad, mezcla de **Foire aux Puces** y de **Curio Store.** En las barracas del Volador, como en una variante del Arca de Noé, se amontonan todas las especies del hierro

---

[1] México, 1916, Ediciones *Porrúa*
[2] México, 1921, Ediciones *México Moderno*
[3] México, 1925.
[4] México, 1926, Editorial *Cultura*
[5] México, 1928, Editorial *Cultura*
[6] Acaba de aparecer la *Antología de la poesía mexicana moderna*, editada por Jorge Cuesta, México, 1928, en la cual notamos con dolor la ausencia de Gutiérrez Nájera.

labrado; la cerrajería, la balconería, la lampistería; los clavos, la llave de tuercas, las herraduras, el bozal, el componedor de imprenta, el compás, el cortaplumas, el cuchillo de cocina, los tornillllos, las alcayatas, el hacha, la escuadra, la plomada, el lavabo, la cuchara de albañil, el corta-vidrios, el martillo, la plancha común y la plancha eléctrica, la sierra, la alesna, la lima, el cincel, la pala, la cadena, el rastrillo, el candado, el azadón, la aldaba, las tijeras, la balanza, el molino, el candelero, las tenazas.»

Es interesante observar la impresión que las ciudades norteamericanas, en especial Los Angeles, dejan en el autor del libro, expresadas, claro está, por boca de Galín. Ferrocarriles, hoteles, Hollywood, restaurantes, tiendas, todo encuentra comentario picante y profundo en boca del anticuario que lo mira todo con ojos coloniales pero que paulatinanente se va dejando penetrar del nuevo ambiente.

Parece que Estrada—y en esto tiene mucho en común con Anatole France—teme el enfrentarse con problemas de valor trascendental. Al entrar en California, ante la riqueza estupenda de la tierra, Galín exclama:—México irredento.

Lota por toda respuesta le aconseja que al volver a México se dedique a levantar cosechas y a construir canales en vez de poner todo su espíritu en baratijas. ¡Qué truculenta tirada no nos habría endilgado en este punto un novelista menos escépticamente fino que el señor Estrada! Sin embargo, tenuemente se insinúa en todo el libro una sana lección de patriotismo.

Crucero se titula el primer libro en verso de Genaro Estrada. La edición, con grabados de García Maroto, es elegantísima. El crucero nuevo busca rutas inexploradas hacia playas de remoto encantamiento. No siempre las encuentra y a veces se queda en alta mar, roto el ímpetu, gozando del intento. De aquí que en el presente libro, junto a poemas bellísimos, notemos algunos de bastante frágil hechura, en los cuales el poeta se enreda demasiado en los hilos de las últimas redes poéticas que nos llegan de Francia. Debemos declarar ante todo que no simpatizamos en absoluto con las modas poéticas de última hora y que a las acrobacias gráficas de los poemas modernísimos preferimos la *Silva a la Zona Tórrida* de don Andrés Bello. Y esto es mucho. Hacemos esta afirmación para ser justos en este caso de Genaro Estrada. Pero si no aceptamos las imágenes demasiado violentas ni los desmembramientos arbitrarios de estrofa y verso, en cambio nos gusta el conceptismo sano que se observa en algunos poemas de este libro *(Crucero)*. De vez en cuando el análisis y la tortura interior nos convierten al poeta teórico en un hombre que sufre y entonces le admiramos: (*Vigilia*). Pero como la poesía no necesita ser dolor vivo ni alarido, al encontrarnos con una miniatura tan pura como *Joya* nos damos el placer de repetirla:

Entre las valvas de mis manos
una perla, tu mano,—
rosa, con orientes azules,
temblaba por el agua marinera.
Oprimida con ansia propietaria
la coloco en mi pecho, en el centro,
corbata o alfiler, adorno siempre,
mecida por el ritmo de mi pecho;
o luce, rosa con oriente perla,
flor festival en mi desierto inerte.

A pesar de todas las novedades y los juegos de colores no puede negarnos Estrada que es un admirador de nuestra fresca poesía popular y que más de una vez ha bebido en las aguas cristalinas de nuestro *Romancero*. Así nos lo demuestra al escribir:

Ya no pasarás, amiga,
cantando por estas lomas,
ya no pasarás.
El trébol de cuatro hojas
acabado se te ha
por siempre jamás.

Y estamos por decir que por estos rumbos encontrará el poeta su camino de Damasco. Su *Queja del perdido amor*, de inspiración netamente castiza, es para nosotros lo mejor del libro y digna de figurar en selecta antología:

En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!
. . . .
Mi sortija, la mía,
era mi compañera,
a volver a encontrarla
las cosas que yo diera,
de volver a tenerla
un momento siquiera,
de llevarla en mi mano
lo que yo la dijera;
era toda de plata
mi sortija primera,
pero tánto valía
como puede cualquiera.
. . . .
¡Qué diera por alcanzarla
para volverla a llevar!
¡Tortuga que estás adentro,
subelá!
En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!

Crucero, a pesar de cierta irregularidad de formas, es un libro de fino artista. No hallamos en él las empalagosas lamentaciones románticas de algunos modernistas ni la facilidad mecánica de versificación de que hacen gala nuestros poetas americanos. Tampoco cae en los excesos de abultada originalidad a que nos quieren acostumbrar los escritores de estos diez últimos años. Es un placer no encontrar en un libro de versos palabras como *tanque, hélices, avión, arcos voltáicos, policromías*, etc.

Hemos mencionado ya las diferentes fases de la obra de este escritor mexicano; nos queda por señalar su amplia y profunda cultura que le hace andar como en propia casa por las literaturas inglesa, norteamericana, francesa e italiana. Como crítico ocupa, al lado de Alfonso Reyes, el lugar más alto en las letras de su patria; como evocador de motivos coloniales es único (a menos que Julio Torri siga cultivando en silencio tan hermoso género) y como poeta busca su camino entre la serenidad profunda de González Martínez y el radicalismo estético de López Velarde y de Tablada.

Arturo Torres-Rioseco
University of California.

Estampas

El Imperio Eléctrico.

La bombilla que ahora nos alumbra recibe su luminosidad de la planta acabada de construir por el poder constituido en el Norte para dominar los recursos eléctricos del Continente Americano. Es una formidable organización designada ya en su propia Nación con el nombre de *El Imperio Eléctrico*. Ha ido acaparando cuanta planta eléctrica, presente y futura, tiene cada uno de estos países. Costa Rica no se ha librado de la red lanzada por la Electric Bond and Share Company y otra. Está cogida y amenazada de sufrir a perpetuidad un vasallaje tan penetrante como el que ejerce la United Fruit Company. Es cierto que a tiempo los hombres de visión levantaron la barrera de la nacionalización de la electricidad. Pero hirió esa ley tan certeramente los avances de la expansión que forma el «capítulo más dramático de conquista económica de los Estados Unidos», según lo llama *The Nation*, que esa expansión lucha con todos sus poderes por arrollar la defensa del país. La ley es estorbo y hay que debilitarla para que cualquier soplo la tumbe.

¿Vamos a tener los costarricenses la previsión bastante para fortalecer esa ley, haciéndola imposible al asalto de las fuerzas del *Imperio Eléctrico?* Debemos tenerla como único medio de librarnos de los horrores de un monopolio de estragos incalculables, visto por los hombres justos del Norte como el capítulo más dramático de la conquista del capital norteamericano. Recordemos que Sir Oliver Lodge ha dicho que vivimos la edad de la electricidad, con lo cual ha querido significar que esta fuerza está llamada a constituir uno de los elementos vitales de la humanidad. El hombre empieza a necesitar la electricidad con la misma exigencia con que en su vida necesita el aire y el agua. ¿Concibe alguien la posibilidad de que se forme un imperio del aire, o un imperio del agua para la explotación privada de estos elementos de la naturaleza? Nadie lo supone, precisamente porque la propiedad privada no puede extenderse hasta allí, por más poder que sea la rapacidad que la anima. Así con la electricidad en este advenimiento de su era. Por una exigencia de su destino la distribución y control ha de residir en el Estado.

Electricidad barata, es el grito de las generaciones que van levantándose. Y la única forma de tenerla es nacionalizándola, esto es, amparándola el Estado para que, sin considerarla recurso suministrador de rentas, la ponga al alcance de todas las necesidades de los hombres en la etapa futura de la civilización. De otra manera los hombres estarán esclavizados a una explotación que los volverá miserables alejándolos de una vida confortable.

Nuestro país, por uno de esos resplandores providenciales, nacionalizó a tiempo la electricidad. Pero no hemos de ilusionarnos pensando que la obra está terminada. Apenas si se ha dado el paso primero. Del espíritu tenemos que sacarnos la defensa que permita a esa ley cobrar perennidad. De no hacer esto, sucumbirá. El poder del *Imperio Eléctrico* la acecha con todas sus armas, buenas o malas, que tiene a su servicio. Atendamos al grito de las generaciones futuras y señalemos sin piedad al mal que se levante para aniquilar la única ley que puede garantizarles una liberación de ese poder satánico.

Cuando el viento que ha pasado por el corazón del país, sopla de este lado, nos trae los rumores distantes de una lucha fraguada en torno a la Junta del Servicio Nacional de Electricidad. A esta institución, en cuya virtud está hacer de la ley una luz o una tiniebla para los costarricenses, le quiere sustraer el *Imperio Eléctrico* uno de sus recursos mejores. Trata de malograrle el aprovechamiento de la fuerza eléctrica sobrante de la planta del Ferrocarril al Pacífico. No quiere ese *Imperio Eléctrico* que se le dispute su monopolio en la Capital. Sabe que distribuir la electricidad por hilos que no sean los suyos, es restarle poder a su opresión, es admitir un competidor que impedirá el desarrollo de sus planes siniestros. Por eso lucha tenazmente. Démonos cuenta de los ardides. Vigilemos. El Servicio Nacional de Electricidad debe convertir esa fuerza sobrante en el poder más eficaz que pueda oponer al *Imperio Eléctrico*.

Y para que el país no sucumba y se esclavice solo, tiene que llamar a sus mejores varones a la defensa de la ley salvadora. El *trust* tiene echada su omnipotencia sobre el país. Pero si tomamos el precepto de Licurgo, de que «no está sin muros la ciudad que se ve coronada de hombres y no de ladrillos», el escudo de nuestra lucha, por grandes que sean las voluntades criollas que el *Imperio Eléctrico* conquiste, el país saldrá victorioso.

Atendamos el grito de las generaciones de lo porvenir. Electricidad barata, distribuida por el Estado, como un menester de civilización. Que no caiga bajo la propiedad del capital voraz del Norte. De la propia Nación de donde ese capital se desborda sobre estos países sale el grito de defensa. Los espíritus justos y fuertes que no toleran la conquista económica despiadada que el capital prosigue con olvido de que hay una ley que abate poderíos, nos aconsejan la lucha contra el *Imperio Eléctrico*. Hagámosla en nuestro país, enérgicamente, conscientes de que el esfuerzo sólo tiende a conquistar una seguridad que no puede estar al arbitrio de los designios conquistadores.

Juan del Camino

Limón, Agosto del 29

Poemas de Genaro Estrada

=De la obra *Crucero*. Poemas, México. Editorial CVLTVRA. 1928.

Lamento

Gota que no cae la estrella
que quieren sorber mis ojos
tan mojados de su luz;
esperanza dilatada,
tan cerca de mi cabeza,
donde no alcanza la mano
que le alarga la romanza.
¡Ay, y cómo te alcanzara,
sortija de mi esperanza,
gota que no caes, brillante
vidrio que te estás tan alto!

Nocturno

Salió la luna por las lomas
desnuda toda.
Temblaba en el aire la luna
con su traje de plata fría.
Rodaba blandamente tirada
por los caballos blancos de la noche.
Cantaba la luna
su balada alemana,
donde los castillos
en el fondo de las lagunas
albergan historias encantadas
por las intrigas de las hechiceras.
La curva suave de las lomas
iba paseando la luna,
hasta que llegó un bosque negro
que la engulló de una dentellada.

Lloraron los perros largamente
desde el fondo de sus casitas de madera.

De prisa

Apresuramente
te diré mi cuita,
—Apresuradamente:
no tengo tiempo.—

Besaré tu mano
sin que tú lo sientas,
al pasar junto a ti.
No tengo tiempo.

Probaré el espejo
en tus ojos,
cuando no pueda verte.
No tengo tiempo.

Apresaré tu forma
una noche, en el sueño,
soñando en otra cosa.
No tengo tiempo.

Me llegará la calma
de amarte quietamente,
cuando haya muerto mi recuerdo.

Esperanza

Yo no puedo mirar mis manos
sin pensar en tu ausencia.
Las tengo olorosas del recuerdo
de tu despedida sin palabras.

Tiemblan sólo al presagio
de que se acerque tu distancia
y suelen enlazarse dóciles
en el complejo del hábito.

Puestas sobre la mesa
me invitan, como un mapa antiguo,
a leer en sus mofletes
los vientos de tus suspiros.

Y en sus líneas adivinatorias
puedo leer, como en un mapa,
las rutas de mis veleros que se cruzan
con la profunda línea del corazón.

Para pulsar las teclas
en dos tiempos de la sinfonía incompleta,
se paralizan de pronto en la cadencia
que puede rematar, a destiempo,
la última frase que no quise decirte.

Vigilia

Toda la noche en soliloquio.
Toda la noche perdiendo pensamientos
entre la sombra de la alcoba.

De pronto desaparecieron los sentidos
que eran copos de invisible algodón
entre el aire negro del cuarto.

Me llegó un recuerdo,
claro, claro, claro,
de los cinco años
—blusa escocesa, perro de yeso,
William Zuber, fotógrafo—
y aquella escuela náutica
en la fragata de casco de cobre
sobre la playa Sur...

(Lejos ¿sonaron? las tres.)

Pasó un soneto romano de Du Bellay;
reví el paso de la diligencia
con su postillón injuriante
y el café de olla en un pueblecito costero.
Aquellas corbatas de Regent Street
que llegaban hasta las rodillas
como los faldones de las camisas francesas;
la opereta de Audran
en que una vez quise ser el barítono...

(El viento hace silbar los alambres,
se agitaron las aves en el gallinero,
el despertador Big Ben está andando.)

Ahora me veo en el pizarrón,
sin querer declarar por amor propio
que no puedo con el polinomio;
aquella señora de edad
que quería que metiera la mano
por entre las rejas de la ventana;
la sierra mecánica de la carpintería,
que chirriaba, vecina, a la hora del almuerzo,
la bala que pasó por mi frente
en la serranía de Morelos;
la visión de Dover
desde un paquebote del gobierno belga;
los trofeos venatorios
en el Hotel Almada de Guaymas;
y el pasmo ante el retrato
de la bella desconocida
atribuído a Piero della Francesca.

Poco a poco el alba fué revelando
muros claros y muebles oscuros,
volvieron las formas habituales,
empezó la invasión de los murmullos
y principié a dormir
como si acabara de apagar la luz.

Acecho

Ya no pasarás, amiga,
cantando por estas lomas,
ya no pasarás.
El trébol de cuatro hojas
acabado se te ha
por siempre jamás.

La bandera de tu halda
en las astas del maizal
tú no volverás a izar.
¿Para qué si se te ha muerto
el campesino galán?
Ya no volverás.

Nunca más quisiera verte
las lomas atravesar,
nunca más;
que la traición que me hiciste
no la podrás enmendar
jamás.

Buenos te fueron los ojos
hurtos de la novedad
y futuros de campiña
por presentes de ciudad;
pero yo tengo una estrella
¡yo sé dónde está!
que es centinela de ingratas,
de lealtad imán.

Se te fué, ya lo sabía
y no volverá.
Guárdate tu trébol, guárdalo,
se ha secado ya.
Candados de desventura
mi puerta guardando están;
yo sólo tengo las llaves
que para nadie abrirán.

Por la ventana más alta
estoy mirando las lomas
para su paso guardar.
No veas hacia acá.
El trébol de tu esperanza
acabado se te ha.
Ya no pasarás...

Queja del perdido amor

En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!

La sortija de dos cifras
perdido se me ha,
con ella se me fueron
un lloro y un cantar.
Se me perdió la suerte,
no la he vuelto a encontrar,
Aquí estoy noche y día
al borde del brocal.

En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!

Mi sortija, la mía,
era mi compañera,
a volver a encontrarla
las cosas que yo diera,
de volver a tenerla
un momento siquiera,
de llevarla en mi mano
lo que yo la dijera;
era toda de plata
mi sortija primera,
pero tánto valía
como puede cualquiera.

En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!
Sin duda quiso verse
en el espejo negro
que en el fondo del pozo
lanzaba sus destellos;
quiso mirar acaso
su profundo misterio
presentido en el agua
por fugaces reflejos;
o pudo emocionarse
al oir un lamento
que subió como el hilo
de la queja de un eco.

¡Qué diera por alcanzarla
para volverla a llevar!
¡Tortuga que estás adentro,
subelá!

En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!

Tarde

Envuelta en un concurso de colores
ha pasado la tarde sin motivo.

Los pequeños cuidados
volvieron las armas a su acerico.

Un pájaro curioso
instala su telégrafo en el techo.

Cuatro nubes envuelven su muestrario
en el mostrador del poniente.

Perfume de violeta
anuncia la hora de la estilográfica.

Siempre los versos consonantes vuelven
un poco antes de la cena.

Olores de ciudad
vienen con ansias de regeneración.

El viento de la tarde
se concentra en los frascos del silencio.

Afortunadamente no hay campanas
que sugieran pecados en sonetos.

En la caja del radio hace cosquillas
desde Detroit la voz de una señora.

Un cigarrillo puede
fracasar el encanto de la hora.

El céfiro se ha puesto en su organillo
a tocar su frescura de sandía.

Una estrella aparece por el Norte
a decir «buenas noches» a la tarde.

Veámonos en el espejo de Cuba

Un formidable aparato industrial que a la vez esclaviza a los hombres y a la tierra

La súbita industrialización de Cuba y sus pavorosas consecuencias

=Del excelente cuaderno *El latifundismo en la economía cubana*. Por *Raúl Maestri*. Ediciones 1929. La Habana=

...Ya a fines del siglo XVIII, como puede colegirse del *Discurso sobre la agricultura de la Habana y medios de fomentarla* de don Francisco de Arango y Parreño, el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar eran las primordiales operaciones económicas del país. Entonces e inmediatamente después se llevaban en una escala lo suficientemente humilde para que un solo capital particular pudiera ejecutar ambas. A mediados del subsiguiente siglo XIX— y fortalecido por la propaganda del Conde de Pozos Dulces—se cambió el ingenio en central, y surgió así el *colono*. encargado del cultivo de la caña. El *colono* ni entonces ni después ni ahora que parece fatal la desaparición del tipo, ha constituido una clase. Sujeto económico transitorio y subordinado la función a él asignada se comprime por días. Su aparición en el escenario del azúcar representa el momento en que éste era verdaderamente un producto agrícola-industrial. Cuando la agricultura cubana podía aspirar a una orgullosa paridad con la industria. Así se justifica la ideología económica de la época: Pozos Dulces decía: «mi convicción más íntima, manifestada ya repetidas veces, es que a Cuba lo que más cuenta le tendría sería el poder exportar la caña en lugar del azúcar; pero mientras esto sucede —y yo creo que sucederá algún día— lo que más debe procurarse es dar al azúcar aquella forma venal que necesite menos preparaciones manufactureras.» Y Ramón de la Sagra: «una de las condiciones precisas para el éxito de la caña, debe ser su independencia de las tareas de la fabricación del azúcar, que ninguna analogía tienen con las

agrónomas, son excesivamente costosas para multiplicarlas en cada finca, complican su gobierno y administración y obligan a cultivar siempre en grande una planta que se presta perfectamente a serlo también en pequeño». Y ello era porque el capital industrial —forma densa y culminante del capitalismo— no podía constituirse en un país tan atrasado económicamente como Cuba. Necesitaba largos años de integración y de fortalecimiento para brotar como fruto natural del medio. Por eso su imposición a la economía cubana ha transformado tan profundamente la fisonomía de la misma. Ha roto el equilibrio que señalamos y —como consecuencia— levantado un formidable aparato industrial que esclaviza por igual a los hombres y a la tierra. Algunas cifras lo dirán elocuentemente: en 1899 las inversiones norteamericanas en Cuba ascendían a cincuenta millones de dólares y en 1928, según ciertos estimados, a mil cuatrocientos millones de dólares. «Un dólar de cada cuatro que los Estados Unidos han invertido en la América Latina, ha ido a Cuba».* De esta suma colosal y abrumadora setecientos cincuenta millones—según el cálculo de algunos—se han invertido en la industria azucarera.

Las consecuencias pavorosas de esta súbita industrialización de Cuba son evidentes. El Estado es impotente para contener los desmanes que en la consecución de su lucro acometen las grandes empresas. Fuerzan la población vernácula a condiciones feudales de trabajo y si ellas se resisten o abandonan el territorio que por generaciones ocupan para emigrar a la ciudad o a porciones todavía indemnes del azote imperialista, importarán braceros haitianos y jamaiquinos tarados atávicamente por la servidumbre o la barbarie. Ellos son—infelices parias del siglo xx—propicio caldo de cultivo para la delincuencia, la incultura y la más humillada de las esclavitudes: la que no se rebela. La propiedad territorial se rendirá al oro del invasor dando inicio—para usufructuar las cálidas palabras de Fernando Ortiz— al «creciente latifundismo, que en el siglo xx puede casi reproducir el fenómeno de las llamadas *manos muertas* conventuales, con territorios tan extensos que en otros países serían provincias, con campos que son horizontes, con bateyes que son ciudades, con ferrocarriles, muelles, tiendas, hoteles, viviendas, servicios urbanos y hasta espectáculos, controlado todo ello por una sola voluntad privada y con frecuencia movida por impulsos centrífugos y disociadores de los núcleos centrales y órganos soberanos de la Nación». La capacidad adquisitiva del mercado nacional se reducirá en grandes proporciones, afectando así al comercio, a los ingresos de aduana y al *standard* de la vida en todos los órdenes. La balanza de pagos—tan aclaradora en sus indicaciones como imprecisa la balanza de comercio — se modifica en perjuicio del país en virtud de su dependencia creciente de las manufacturas extranjeras. La Banca— ajena a los intereses del

* «One dollar out of every four invested in Latin America by the United States has gone into Cuba.»

We have given Cuba industry, but are the Cubans free?

Le hemos dado industria a Cuba, ¿pero son libres de cubanos?

Epígrafe de la obra *Our Cuban Colony*, de Leland H. Jenks

país—hace efectivos sus créditos pignoraticios y especula más con los hipotecarios. «Declárase que el National City Bank se hizo cargo de cincuenta a sesenta ingenios en el verano de 1921.»*

La vida económica toda —en síntesis— es víctima de un colapso que tiende a una permanencia asfixiante.

La economía cubana —llamémosla así por su localización ya que no por sus beneficiarios— ha sumergido a la nacionalidad cubana en el torrente de su agitada evolución. Implantando en la Isla la técnica, la trepidación, las formas de la gran industria ha pisoteado con audacia de gigante lo que los acontecimientos y la prevision habían fabricado. El *trust*, la concentración y la racionalización capitalistas, la división del trabajo, y en último término, la plutocracia hacen de Cuba un inmenso distrito trabajador y de los cubanos —excepto los que sirven para administradores o mayorales o los que imponen su alianza— una gran masa uncida en la que aún late —aunque decadentemente— la civilización que su posición geográfica y su firme pasado debía garantizar.

Raúl Maestri.

* «The National City Bank is stated to have taken over in the summer of 1921 between fifty and sixty mills.»

Cosas que no debería decir

La personalidad de los hombres y de los países se revela en los detalles.

El aplicante a ciudadanía norteamericana debe jurar solemnemente, entre otras cosas: Primero, no ser anarquista. Segundo, no ser polígamo. Tercero, no creer en la poligamia.

———

Nueva York produce a veces la impresión de una gran fábrica cuya ventanas espirituales están abiertas hacia París como hacia un campo de diversión.

———

En este país a la rutina la llaman método.

———

—Demasiado incómoda la postura.

Fué la primera crítica que los norteamericanos hicieron al Pensador de Rodin.

———

Nueva York debe mirarse siempre de arriba abajo: es la única manera de apreciar la magnitud de un precipicio. Y Nueva York es una ciudad de precipicios.

———

El lema del escudo norteamericano debería ser: *Save Time* (Economice Tiempo.)

———

En los Estados Unidos parece que todas las actividades de la vida estuvieran sometidas a un proceso de compra y venta.

———

La alegría es una fruta que los norteamericanos se comen verde.

———

Una tarde al pasar frente a una iglesia de la Sexta Avenida me detuve para leer un gran cartel colgado sobre la puerta mayor que decía:

El próximo Domingo a las 10 a. m.
Conferencia gratuita
Anatole France: El Moderno Voltaire
Se invita a todo el mundo

———

Existe un número considerable de artículos que los norteamericanos fabrican para la exportación y que son totalmente desconocidos en Norte América. Por ejemplo el parche poroso y la pseudo filosofía de Orison Sweet Marden.

———

El nombre de un rastacuero latinoamericano apareció un día en los diarios neoyorkinos impreso en grandes caracteres. Creo que era el primero en llegar a esta ciudad de Babeles. Por lo menos era el primero que impresionaba la imaginación yanque, tan fuerte en todo lo que concierne a especulaciones numéricas. Los diarios hablaron de sus minas de estaño en una altiplanicie de los Andes, de sus automóviles y de los palacios que posee en los balnearios más elegantes de Europa. Pero más que la extensión de sus riquezas el monto de sus gastos hizo sonreír a la gente rubia de Norte América.

Gracias a sus pasaportes de diplomático este magnate indo-hispano pudo sin la menor incomodidad pasar ante los ojos severos de los agentes de aduana los sesenta baules y accesorios de su equipaje privado, cargamento que, antes del descubrimiento de la rueda habría requerido para su transporte todos los camellos de la Reina de Saba. Un piso entero del enorme Plaza Hotel sirvió de alojamiento al potentado, a la esposa del potentado, a los hijos del potentado y a la corte de secretarios y servidores.

En una comida a la que asistieron ochenta invitados se gastaron ocho mil dólares. Una revista sugirió enviar la cuenta del hotel a la exposición de curiosidades mundiales abierta en Filadelfia.

———

El ideal de los Estados Unidos es inventar la regla sin excepción.

———

Para los norteamericanos la calidad equivale al precio. Es decir, comprenden mejor la importancia, el valor o el significado de las cosas cuando se los dán en números.

Armando Zegrí

New York, 1929.

Libros de México

(Tercera serie)

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, edición y notas de E. Abreu Gómez. *La Voz Nueva*, 1929, 4.º 47 págs.

Hay, en México, un renacimiento de estudios sorjuanianos. Tras la edición escogida por Manuel Toussaint (Clásicos Mexicanos, Cultura, 1928), la edición comentada del *Primero Sueño* hecha por el propio Abreu Gómez en la revista *Contemporáneos*, de México, N.º 3 de agosto de 1928 y N.º 4 de septiembre del mismo año; después, en el N.º 9, de febrero del presente año, estudios sobre Sor Juana de Luisa Luisi y Dorothy Schons; finalmente, la actual edición de la *Respuesta*, con texto depurado y notas oportunas que debe considerarse como edición crítica, aunque Abreu Gómez declara—por no sé qué miedo cabalístico a la palabra—que no es todavía una edición crítica.

REVISTA MEXICANA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS. Directores: Alfonso Caso, y Manuel Toussaint, Editorial Cultura.

Esta revista se publica cada dos meses. Comenzó a aparecer en enero de 1927. El último número que acaba de llegarme, es el correspondiente a julio-agosto de 1928. Este retardo no es argumento contra el valor de la sabia revista, indispensable para quien desee conocer la marcha de los estudios históricos en el país más cargado de historia que hay en el Continente Americano. Los nombres de los directores son una garantía suficiente.

R. MENA, *Catálogo de la Colección de objetos de jade*. Museo Nacional. Departamento de Arqueología, 1927, 78 págs.

ALFONSO CASO, *El Teocalli de la guerra sagrada* (Descripción y estudio del monolito encontrado en los cimientos del Palacio Nacional). Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1927.

E. J. PALACIOS, *En los confines de la Selva Lacandona*, Exploraciones en el Estado de Chiapas, mayo-agosto de 1926. (Secretaría de Educación Pública. Depto. de Arqueología.) Talleres gráficos de la Nación, 1928, fol. 215 págs.

Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México. Secretaría de Educación Pública, Dirección de Arqueología, Talleres Gráficos de la Nación, 1928, fol. 263 págs.

F. E. MARISCAL, *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas. Yucatán y Campeche*. Secretaría de Educación Pública. Talleres Gráficos de la Nación, 1928. Fol. apaisado. 109 págs.

(Los tres últimos volúmenes, espléndidamente editados, forman parte de la contribución de México al XXIII Congreso de Americanistas.)

El examen de las anteriores obras históricas y arqueológicas dará idea del actual desarrollo de tales estudios en México. Este fenómeno data de la Revolución. Antes, la atención de los estudiosos se desviaba hacia los terrenos europeos, con lamentable olvido del propio. Puedo asegurar que nadie, en 1910, podía presumir, por ejemplo, que la generación inmediatamente posterior a la mía había de producir «mexicanistas» de la talla de Alfonso Caso y de Manuel Toussaint. A los que se pagan de juegos de palabras podemos ponerles este enigma: La Revolución no rompe con el pasado, sino con el presente. La Revolución nos ha devuelto, en México, el sentido histórico, el sentimiento de la continuidad con nuestro suelo y sus problemas de siglos. Claro es que algunos, a quienes las especies científicas llegan ya muy turbias y muy mezcladas de detritus de política boba, lo interpretan todavía muy groseramente, y piensan que se trata de volver al carcaj con viras emplumadas. El tiempo les ayudará a entender. Así como a los que todavía no se percatan de que los principios de la Revolución, sobre la propiedad eminente e inalienable del subsuelo de la Nación por parte del Estado, no son más que la vuelta a los principios tradicionales, caseros, de las Leyes de Indias.

Noticia estadística sobre la educación pública en México, correspondiente al año de 1926. México, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Pública, 1928, 4.º, 650 págs.

M. SÁENZ, *Reseña de la educación pública en México en 1927*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación, 1928, 4.º, 76 págs.

M. SÁENZ, *La educación rural en México*, Talleres Gráficos de la Nación, 1928, 4.º, 28 págs.

El sistema de las Escuelas Rurales en México, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Talleres Gráficos de la Nación, 1927, fol. 358 págs.

La Casa del Estudiante Indígena, 16 meses de labor en un

La psiquis del poeta y el Cisne

(Versos blancos para ***Rubén Darío***)

Cisne:
¿Qué palabras secretas te murmuró al oído
la celeste y divina psiquis de Un Bardo Rey,
cuando libre del peso de la carne mortal
se confesó contigo cabe el sereno estanque
y al fulgor tierno y dulce de las estrellas puras?

Oh Cisne ¡amado Cisne!, casto rey de mis mágicos
tesoros de belleza:
de ti saqué la esencia toda de mi poesía;
al través de las líneas de tu cuerpo impoluto,
pentagrama de plumas, la armonía escribí
de una música extraña, sentimental y nueva.
Los signos de tu cuello me revelaron todos
los secretos que guarda
la maga Fantasía en su alcázar de luz;
y la estirpe aristócrata de tu alada figura
dió a mis versos un raro sabor aristocrático:
sandalias de oro y nieve
adornadas con lirios y pétalos de rosa
calzó mi musa alegre, armoniosa y sutil,
cuando ritmó en las Cortes de la Francia galante
versos con sangre real, motivos de minueto
para marquesas, condes o princesas que ríen,
suspiran o sollozan al son de orquestas húngaras...

En la Grecia inmortal canté los pies alados
y los cuerpos ligeros de las rosadas ninfas,
entre las frescas linfas, sátiros pecadores
y faunos voluptuosos...
Quirón y sus centauros fogosos y arrogantes
con su tropel llenando de truenos la llanura,
y en medio del boscaje tocando su instrumento
maravilloso y lírico, Pan, el gran Pan bicorne,
Padre y maestro mágico de mi Padre Verlaine.

Hice un rapto glorioso en el sagrado Olimpo:
mi musa sobre el anca tersa de Sagitario
llegó al jardín de Venus, cuando Venus dormía
y le robó una estrella
que engarcé en el breviario de mis *Prosas Profanas*.
En este libro regio, que es mi heráldico escudo,
debía cincelarse tu efigie de alabastro
sobre un lago de azur,
y prendida del cuello como una flor de lis
una estrella que encarne mi ideal de perfección.

Con raso de la luna, lino de los luceros
y seda de los lirios mi musa se vistió,
para cantarte ¡oh ave! con la blancura excelsa
con que cantó al divino, celeste Papa Blanco...

Oh Cisne ¡amado Cisne!, casto rey de mis mágicos
tesoros de belleza:
aquí tienes mi lira; guárdala entre el armiño
de tu seno impecable como en un tabernáculo;
cuida que no la toquen manos impenitentes...
Recuerda que las mías lo fueron de marqués...

Allí queda mi cuerpo en la Tierra natal
con los siete malditos capitales pecados,
abriendo rosas rojas y claveles de sangre;
envuelta entre las gasas de las siete virtudes,
vuelo hacia el Paraíso de luz donde me espera,
ni Stella, dulce hermana
de la inmortal Ligeia, por quien mi canto a veces
«fué tan triste»...

Luis F. Ibarra

San José. Costa Rica.

experimento psicológico colectivo con indios: febrero de 1926-junio de 1927.—Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación, 1927, fol. 164 págs.

J. M. Puig Casauranc, *El esfuerzo educativo en México*, (Memoria que abarca los años 1924-1928, es decir, la Administración del Presidente Calles, posterior a la obra realizada bajo la presidencia de Obregón por José Vasconcelos, que es bien conocida en todo el mundo. Cualesquiera que sean las diferencias entre Vasconcelos y Puig Casauranc, en la historia aparecerá éste como un continuador de los planes por aquél establecidos, y ambos aparecerán unidos en la tarea apostólica.) Publicación de la Secretaría de Educación Pública. 2 vols.: 743 y 542 págs. respectivamente.

Estos libros y monografías nos permiten apreciar el esfuerzo patético de México en bien de la educación nacional, aplicado sobre todo a las masas del pueblo, a los campesinos y a los indígenas. Mientras continúa por otro lado la depuración de la política, y van cayendo en la derrota y en el desprestigio las ambiciones de unos cuantos violentos, la obra de la educación continúa con paso seguro. Vemos, como en las Utopías, nacer del establo la Escuela, y de la Escuela la Futura Ciudad.

Guía del Turista; cómo debe usted vivir en México. Autorizada por la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo. 1.ª ed. en español y en inglés. Compañía editora de la Guía del Turista. 176 págs. y un mapa. Completa la clásica guía de Terry para las noticias ágiles y prácticas de todos los días.

Directorio Social de la Ciudad de México, editor: H. Ruiz Sandoval. VI.ª edición, 1929, 8.º, 263 págs. Es mucho más que un guía mundano, puesto que se da preferencia especial a los representantes de las actividades espirituales.

Señas de escritores mexicanos, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1928, 8.º, 61 págs. El folleto da más de lo que promete, puesto que trae los domicilios de poetas, filósofos, historiadores, pintores y dibujantes, escultores y Sociedades Científicas y Literarias.

Exposición Iberoamericana de Sevilla. 1929. La participación de México. Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, 1928, 4.º, 95 págs. En los días de nuestra primera juventud, recuerdo que Vasconcelos siempre hacía rabietas cuando oía decir aquello de que sólo las dictaduras hacen a las ciudades monumentales. Él mismo ha dejado entender que este sentimiento lo inspiró cuando se propuso (y lo logró felizmente) sembrar la ciudad de monumentos escolares y universitarios, que marcan el rastro material de su paso por Educación Pública. Los Gobiernos de la Revolución han tenido especial cuidado de los edificios públicos. En su día, un precioso folleto dio cuenta de la nueva casa de Relaciones Exteriores y otro después, de la nueva Legación de México en Sevilla y la obra admirable de nuestro Ministro Enrique González Martínez, gran poeta.

Lucas de Palacio, *Mesones y ventas de la Nueva España. Hoteles de México.* Imprenta «El Modelo,» 1927, folio, 52 págs. Edición privada, limitada a 500 ejemplares. He aquí una preciosa y erudita monografía escrita por un Gerente de Hotel, que fué, en tiempos, Secretario Diplomático Mexicano, vivió un poco en todo el mundo, y luego, víctima de hechos históricos generales, pagó cuentas que no debía, probó las desigualdades de la suerte, aplicó en Nueva York sus talentos innatos de dibujante, y al fin paró en el Hotel Regis, en México, al que ha sabido dar cierto sello, cierta distinción, y ahora la mejor distinción de todas, que es la del espíritu. El folleto trae dibujos y curiosas estampas. La vida mexicana está toda penetrada de estímulos intelectuales. Este folleto de un hostelero bastaría para probarlo.

Lota M. Spell, *The first music books printed in America.* N. York, G. Schirmer, s. a., 4.º 6 págs. y láminas. «Otro intento, me dice la autora en su amable dedicatoria, para poner a México en su justo sitio», y para aumentar la riqueza de la tradición de la imprenta en México.

J. R. Spell, *Three Manuscript Plays, by Eusebio Vela.* extr. de la Revista de Estudios Hispánicos, 1, 3, julio septiembre, 1928, págs. 268 273. Valiosa contribución al estudio del teatro mexicano en el siglo XVIII.

M. Romero de Terreros (Marqués de San Francisco) y S. L. Millard Rosenberg. *México Virreinal: acuarelas de la Nueva España*, New York, A. A. Knopf, 1925. 8.º, 249 págs. Libro destinado al estudio de la lengua española en los Estados Unidos, que ofrece una armoniosa mezcla de historia y leyenda y un cuadro de época vigorosamente trazado. Comentarios y vocabulario para uso del estudiante.

V. Riva Palacio y Juan de Dios Peza, *Tradiciones y Leyendas Mexicanas.* Editado con vocabulario y notas, para fines escolares en los Estados Unidos, por M. Romero de Terreros y S. L. Millard Rosenberg. Es una feliz idea. Teníamos muy olvidado a Vicente Riva Palacio, clásico mexicano sobre quien hay mucho que decir. N. York, Th. Nelson, 1927, 8.º, 172 págs.

A brief anthology of Mexican verse, ed. with introduction notes and vocabulary by S. L. Millar Rosenberg and E. H. Templin, Stanford University, California, 1928 (Stanford Spanish series, bajo lo dirección del californiano Aurelio M. Espinoza), 8.º, 193 págs.

A brief anthology of Mexican prose, id. id. (la misma serie, los mismo editores, los mismos fines escolares) 1929, 8.º, 210 págs.

Los volúmenes anteriores muestran el efecto de la amistad mexicana en el mundo universitario de la República del Norte, y el interés creciente por las cosas de México. Los autores y anotadores tienen mucha autoridad.

V. Lombardo Toledano, *Bibliografía del trabajo y de la previsión social en México.* Monografías Bibliográficas Mexicanas. N.º 13, 1929, 8.º 216 págs.—Esta literatura, surgida toda del artículo 123 de la Constitución Mexicana, todavía se mantiene en el terreno de la discusión política, sin que aún pueda decirse que ha llegado al de la ciencia jurídica, y éste es el primer ensayo—muy acertado— para dar congruencia a este material y prepararlo para el jurista. La primera ley obrera dictada en la República es la ley sobre accidentes del trabajo promulgada por mi Padre para el Estado de Nuevo León (de que era Gobernador) en 2 de noviembre de 1906. Seis años después, también bajo su influencia directa, el vecino Estado de Coahuila dicta otra semejante. Todas las demás son posteriores en diez años a la de Nuevo León.

L. M. Rojas, *La culpa de Henry Lane Wilson en el gran desastre de México*, Mexico, *La Verdad*, 1928. 4.º; 367 págs. Tomo primero de una obra profusamente documentada y algo desordenada en la exposición. Es visible el esfuerzo de ecuanimidad que hace el autor al penetrar en una zona todavía muy ardiente. Trátase de un político que ha participado muy de cerca en algunos de los sucesos que discute, sucesos

tan trabados con la historia de nuestros males, que realmente es difícil mantener la imparcialidad al discutirlos. El autor, que antes de militar en las filas revolucionarias figuró más bien entre los afectos al grupo de los «científicos» de Porfirio Díaz, se reciente de sus antiguas aficiones: el nuevo vino huele un poco al odre viejo. La obra, paradójicamente, resulta, por mucho, un elogio de las cosas del antiguo régimen que precisamente provocaron el gran estallido político. Hasta donde puedo desenredar el hilo, creo qne la tesis de la obra viene a ser ésta: La política de los Estados Unidos, aun cuando sin disputa fué favorable a la revolución de Madero, no quiso nunca *intervenir* ofensivamente en los negocios de Mèxico. (El autor llega hasta disculpar la ocupación de Veracruz, y encuentra explicable la expedición punitiva de Pershing.) Creyó Wáshington que el bien de México estaba en los nuevos hombres, y les dió su simpatía eficaz. Así, pues, cuando Henry Lane Wilson apoyó el golpe de Victoriano Huerta, además de haber obrado por su cuenta y riesgo, obró en contra del sentimiento político de los Estados Unidos, que reiteradamente se había manifestado en favor de la revolución. No puedo entrar en el análisis de los juicios del autor sobre personalidades, que me tocan muy de cerca, Pero creo que aquí es precisamente, donde aparece el antiguo científico, y donde el historiador deja un poco de serlo. Hay una nota en la pág. 140 cuyas ideas me gustaría ver más desarrolladas: ello nos permitiría descubrir mejor el concepto histórico que el señor Rojas tiene de nuestro presente: 1.º El régimen maderista—dice—fué el natural florecimiento del espíritu liberal civilista del grupo llamado científico; y 2.º: «El gobierno de don Venustiano Carranza dió realidad a las tendencias políticas representadas por el General Bernardo Reyes en 1909.»

J. Silva Herzog, *Conferencias: Apuntes sobre evolución económica de México.* Publicaciones de la Sociedad Mexicana de Estudios Económicos, 1927, 108 pags.—El joven catedrático de ciencias económicas, actual Ministro de México en Moscú, toma partido en la discusión de asuntos que tanto afectan a la vida nacional, y singularmente a la política agraria, considerando que es su deber el hacerlo así, y no mantenerse en el campo del eclecticismo teórico, lo que, por ahora, sería, para México, una actitud estéril. En la nueva revista literararia y política *Crisol* (dirección de Miguel D. Martínez Rendón y C. Gutiérrez Cruz), revista que me complazco en señalar de paso, hay una silueta sobre Silva Herzog hecha por su camarada Eduardo Villaseñor (número de enero de 1929): «Ha tenido la valerosa resolución de cerrarse definitivamente las puertas literarias», para consagrarse al estudio de nuestras realidades económicas. Como veleidoso entre ambas tentaciones, Villaseñor aprecia con emoción lo que esto significa.»

La migración y la protección de mexicanos en el extranjero. Labor de la Secretaría de Relaciones Exteriores en Estados Unidos de América y Guatemala. Imp. de la Sría. de Relaciones 1928, 4.º, 60 págs. Nuestra política no hace secreto ni misterio de las cuestiones que deben conocer todos los ciudadanos, para la mejor y más cordial solución de problemas inevitables de mecánica social.

B. J. Gastelum, *La clase, arquitectura de la comunidad,* Méx. 1928, 8.º, 67 págs.—Capítulo desprendido del libro futuro: *Física de la actitud.* El director de *Contemporáneos*—actualmente Ministro de México en Roma—emprende un examen de sociología política en que resulta condenado el punto de vista de los teóricos del Estado ideal. Los sueños jacobinos arrancan vitalidad a la realidad política. «Todas estas fuerzas que son las que hacen a los pueblos se desenvuelven dentro de las clases. Cada una representa parte del cuerpo social... Hasta ahora, el error del pensamiento contemporáneo ha sido tomar la clase como suceso arbitrario debido a la astucia o a la inteligencia... Expresamos equivocadamente un hecho cuando referimos el malestar de un grupo a la existencia de otro y pedimos su exterminio... La coordinación de clases, como sistema político... será la primera gran idea, que desde la antigüedad descubra el hombre en su búsqueda de una nueva conciencia social...» Es para mí de muy aguda curiosidad el ver cómo este ensayista revolucionario vuelve al antiguo punto de vista que un escritor de la derecha, Paul Bourget, expresa así: «Que haya clases y que su juxtaposición o, mejor, su edificación, constituya una de las condiciones necesarias de toda sociedad, lo mismo nos lo muestran la historia y el razonamiento. Se ha podido lograr que los tabiques que separan las clases sean más o menos permeables, o bien—volviendo a la metáfora de la edificación—se ha logrado establecer escaleras y hasta ascensores para poner en comunicación los diversos pisos, pero la igualdad completa entre las familias nunca pudo establecerse, etc.» (V. Paul Bourget, sobre *Le Rouge et Le Noir*, de Stendhal, *Revue Universelle,* París 1.º de Junio, 1927.)

G. Lafond, *Le Mexique,* París, P. Roger, (Monographies Economiques) 1928, 8.º, 86 págs. y un mapa.

J. Hergesheimer, *Tampico,* trad. del inglés por M. Bec, París, Nouvelle Revue Française, 1928, 8.º, 267 págs.

F. Berge, *La Fille Aztèque,* París, Au Sans Pareil, 1928, 8.º, 191 págs.

J. L. André-Bonnet, *Sous le signe du Quétzal,* París, Fasquelle, 1928, 8.º, 229 págs.

Una monografía de vulgarización y tres novelas, de desigual mérito, sobre asunto mexicano,—una de autor norteamericano y que data cuando menos de hace cuatro años. El 16 de febrero, desde Mónaco, me escribía Valéry Larbaud: «Por acá, y como respondiendo a la actividad literaria de México, ha aumentado la curiosidad por la historia y la literatura de los países americanos de lengua española. Los recientes descubrimientos arqueológicos han excitado la imaginación, y hasta han aparecido cuentos y novelas de asunto pre-colombiano. Por otra parte, el Perú de los Incas se ha puesto a la moda. Todo esto es muy superficial y lleno de ingenua ignorancia, pero también de buena voluntad. Y la dirección, el objeto a que este esfuerzo se encamina—un conocimiento mejor y más familiar de las Américas—no puede menos de alegrarnos. Acaso haya contribuído la reciente exposición, en los pabellones del Louvre, de arte pre-colombiano, donde México y el Perú presentaron abundantes ejemplares y piezas de raro valor.»

Jean Genet, (*Histoire des peuples shoshones-aztèques* (*Amèrique du Nord et Amérique Centrale*), París, 1929, 4.º 350 págs. (Bibliotéque d'Etudes Historiques.)

J. Genet, *Esquisse d'un civilisation oubliée (Le Yucatán à travers les ages)* París, 1927, 4.º, 274 págs. (Bibl. id.)

Genmt & Chelbatz, *Histoire des peuples mayas-quichés.* París, 1927, 4.º, 255 págs. (Bibl. id.)

Alfonso Reyes

Bs. Aires, 1.º de Junio, 1929.

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.)